

# Vivir en la Smith House de Richard Meier



Luis de Orueta

Vivir en la Smith House de Richard Meier

Vivir en la Smith House de Richard Meier

© Luis de Orueta

Depósito legal M-17694-2021

ISBN 978-84-09-31130-9

La Imprenta CG, Paterna, Valencia.

Diseño y fotografías del autor

Madrid, 12 marzo 2010

Editado en 2021.

Luis de Orueta

# Vivir en la Smith House de Richard Meier

Madrid

2010



## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*



*En la Smith House se entra por la parte de atrás*

### Capítulo I

Serían las 8,45 de la tarde cuando sonó el teléfono de mi habitación en el *Holiday Inn* de Stamford, Connecticut. Pensé que se tratase de un error porque nadie sabía que yo vivía allí, a no ser los de la oficina y no iban a llamar a tales horas. No podía ser mi mujer, pues estaría durmiendo tranquilamente en su comuna de Copenhague. Por un momento imaginé que fuese

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Bárbara, una de las jóvenes que servían café entre las mesas del desayuno, muy seria para contrarrestar el efecto de unas faldas estilo *cheerleader*, que llevaban todas por obligación.

No era Bárbara, sino una señora de bastante más edad a quien la empresa había encomendado que me ayudase a buscar casa. Empezó su trabajo con bastante ilusión, pero al cabo de varios días, su cara ya daba muestras de resignación y contrariedad. La primera mañana me preguntó cuántos hijos tenía y cuando vendría mi mujer, porque, decía, era importante contar con sus opiniones. Mis evasivas no debieron parecerle normales.

La dama de las residencias, como la llamaba yo, trabajaba para una agencia inmobiliaria, era bastante pequeñita y cuando se sentaba al volante de su enorme *station wagon* su cabeza apenas emergía entre los cristales. Antes de arrancar, seleccionábamos algunas imágenes y anulábamos otras. Las dudosas quedaban anotadas en su cerebro y, al pasar cerca, me las indicaba levantando la mano. Seguía un orden astuto, empezando por las que creía me iban a gustar menos.

Eran todas demasiado grandes. Tenían garajes para varios coches de tamaño superlativo. Yo había intentado hablarle de cómo en Europa todo era más pequeño, los árboles, la fruta, las carreteras, las calles y desde luego, las casas y los coches. No obstante, era comprensible que lo que pasase en Europa la trajera sin cuidado.

Una tarde, a la salida de la oficina vi una casita que me gustó y apunté las señas para que me acompañase. Vino en su coche con otras ofertas y se negó a llevarme donde le pedía, sin decirme por qué. Ella tenía ideas muy fijas sobre ubicaciones

adecuadas, que se limitaban a New Canaan, Wilton, Westport y Darien. Su preferida era Wilton porque en esa circunscripción aún se mantenía la ley seca, y no podía haber bares, ni comercios, ni hoteles ni nada que perturbase la tranquilidad de sus habitantes. Pero me recomendaba Westport. Allí vivían Paul Newman y otros actores y actrices famosos. “Y tienen un teatro rural precioso”, añadía, para animarme. Yo le decía que todo eso estaba muy bien, pero que la casa no fuera demasiado grande, si no era pedir demasiado. Disgustada por tantos esfuerzos en vano, había dejado de llamarme y yo me alegré porque iba camino de aceptar la siguiente sin verla.

El hotel Holiday Inn era bastante deprimente. Estaba construido en un espacio entre dos autopistas y carecía de alicientes. En el aparcamiento del hotel yo tenía un coche que me había comprado, tal vez demasiado deprisa, y que ya no me gustaba porque también era demasiado grande. De vuelta del trabajo, en aquel hotel me sentía como si hubiera descendido en paracaídas entre dos ciudades soñadas. Mi aspecto debía reflejar un aire abstraído y confuso que no debió pasar desapercibido a Bárbara cuando, un domingo, bajé a desayunar mas tarde de lo establecido. Mientras recogía de la mesa el vaso con algunos hielos, me preguntó si no me sentía bien. Yo sonreí para darle a entender que no me estaba muriendo y entonces ella me invitó a visitar a sus amigos.

Los amigos de Bárbara vivían en una casa magnífica, mejor que cualquiera de las que me había mostrado la señora de la inmobiliaria. Era una mansión blanca, de estilo colonial con ventanas pequeñas y abundantes, pintadas de verde y enmarcadas en persianas laterales siempre abiertas. Había sido

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

morada de una famosa fotógrafa. Dentro había fotografías por todas partes, unas colgadas en las paredes y las más, archivadas en armarios. En la casa convivían, además de Bárbara, unos diez o doce jóvenes de ambos sexos, despreocupados y condescendientes. Les extrañó que yo no hubiera oído hablar de la fotógrafa y me mostraron portadas de la revista “Life” que venían firmadas por ella. Entonces supe que se llamaba Margaret Bourke-White y que podía quedarme con las fotografías que más me gustasen.

Esto lo cuento porque antes dije que pensaba que la llamada de aquella noche de 1971 podía venir de Bárbara, aunque fuese poco probable. Enseguida me desengañé: una voz conocida al otro lado del hilo me hablaba en estos términos: “Sr. Orueta, tengo la posibilidad de ofrecerle una casa diferente, pero los dueños se van esta noche y tendría que venir a verla ahora, o no se sabe cuándo”.

Yo estaba en pijama y me daba pereza, pero lo de “diferente” me animó a contestar que en quince minutos me tendría esperándola a la puerta del hotel. Ya había anochecido cuando me llevó atravesando Stamford en dirección a Darien, alejándonos de la zona de oficinas. Dejamos de ver luces de autopistas y nos adentramos en un bosque por una carretera estrecha. A cada lado se veían urnas de correo situadas a media altura, pero no había ni un solo farol. Como la señora no hablaba, le pregunté por el precio del alquiler, a lo que me respondió que no lo sabía, pero que no sería un problema. Al doblar una esquina del camino percibí un letrero rústico y pequeño con el aviso *Contentment Island*, que me pareció un buen augurio en aquel invierno *de nuestro descontento*.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Llegamos a un puente de piedra, también bastante rural, ante el cual hacía guardia un coche de policía que nos paró. Ella aclaró que íbamos a la “Smith House” y el cancerbero hizo un breve saludo de entendimiento. Más oscuridad, más buzones para cartas y más árboles a los lados.

Entonces observé que el camino terminaba de repente y que los faros del coche iluminaban una pared blanca como una pantalla de cine donde solo se percibían unas pequeñas ventanas y una rampa lisa y breve. Todo bastante pequeño, como yo quería.

A un lado de donde había estacionado el coche había una construcción sin ventanas en forma de cubo, también muy blanca. “Es el garaje” me dijo la señora. Al bajarnos de su coche estuvimos unos instantes mirando aquella pared que se había quedado oscurecida, y cuando ya empezábamos a subir los escalones hacia la rampa, yo detrás de ella, la pared volvió a iluminarse, esta vez por unos focos situados en el jardín, en señal de que nuestra presencia había sido advertida.

“Sí que es algo rara”, dije yo mientras esperábamos que se abriese la puerta. Y ya no lo volví a decir más. Segundos después me encontré como en medio de un escenario, con los ojos más abiertos de lo normal, los brazos caídos y las pupilas dilatadas por el exceso de luz. A mi alrededor columnas cilíndricas y blancas se elevaban para sostener un techo apenas entrevisto de lo alto que estaba. Fuera de la casa se distinguía una chimenea rectangular, que solo se unía a los cristales en el lugar del fogón, donde crepitaban unos leños encendidos. Aquella chimenea, que surgía del jardín, tan blanca, independiente y altiva, era como un personaje atávico, un icono

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

de los lares del lugar, bajo cuya presencia los Smith parecían empequeñecidos, pese a ser ambos bastantes altos.

Tenía él en la mano un vaso de whisky, vestía con *blaiser* azul y pantalones de franela. Su mujer llevaba pantalones iguales y grises y una chaqueta corta del mismo material. Se llamaban Frederick y Carole. Me dijeron que esa misma noche se marchaban a Nueva York. Frederick Smith tenía una empresa que se dedicaba a servicios de marketing. De Carole, supe que sobresalía como patinadora en pista de hielo.

Antes de mostrar el interior, Smith me enseñó una especie de teclado que controlaba las luces del jardín y las del salón. Con un dedo apagó la casa completamente y con otro dedo encendió los focos del exterior. La luminosidad del jardín entraba al salón por los enormes cristales, de forma que podíamos vernos unos a otros sin esfuerzo. Mr. Smith me animó a salir a pasear por una escalinata que partiendo del salón descendía en dos tramos contrapuestos, hasta rozar el césped.

Salimos a un pequeño promontorio marcado por abetos a cada lado de la casa y frente a las aguas de Long Island Sound. A la izquierda había una playita muy protegida, totalmente iluminada, entre dos roquedales. Su arena era muy fina y recuerdo que se me metió en el zapato. Al acomodarme para descalzarme y sacudir la arena volví la cabeza hacia la casa y entonces la vi tal como en algunas fotografías nocturnas: incandescente y bella.

Sólo se oía, muy ligeramente, el agua en la orilla. Para imaginar fielmente lo que digo hay que situar, desde la playa, la casa de los Smith en alto, sobre en una especie de pedestal, y

apuntando al cielo como un órgano blanco. Y entre todas aquellas líneas ascendentes, destacaba la chimenea, flanqueada por cristales sin juntas ni apoyos visibles.

En ese momento pensé que aquello escaparía a mis posibilidades, pero que merecía la pena haberlo visto tan de cerca, como quien visita un museo o unas cataratas. Sin más espera, Mr. Smith y yo volvimos a la casa, esta vez entrando por el comedor, y subiendo una escalera que se doblaba como las escalas de un gran yate que dieran acceso al puente de mando.

Reunidos de nuevo, quisieron saber qué me parecía y les dije que no había visto nada igual en toda mi vida. Entonces preguntaron si eso quería decir que me gustaba, a lo que conteste alzando la palma de la mano.

Miré a la dama de las viviendas que había despertado de su letargo, muy sorprendida de mi entusiasmo. Los dueños me dijeron que la casa la había construido para ellos un joven arquitecto llamado Richard Meier, cuyo nombre no me decía nada. Como no parecían querer entrar en el tema del precio, les adelanté que me temía que la *allowance* de mi empresa no fuera suficiente, aunque agradecía su amabilidad al recibirme. Recuerdo la pregunta de Mr. Smith “¿Cuánto le tiene asignado Xerox para su vivienda al mes?” “750 dólares” se apresuró a contestar la dama. Fredy Smith asintió con la cabeza y mirando a la señora de la inmobiliaria le dijo que preparase todo y lo mandase a su dirección en Nueva York. Entonces se volvió hacia su mujer en actitud de connivencia y, mirándome después, añadió: “Si quiere, se puede quedar ya a dormir aquí.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Le dejo las llaves y nuestro teléfono en Nueva York, por si nos necesita, aunque la casa no tiene secretos”.

Respiré hondo sin creerme todavía lo que estaba pasando. Me temí que de repente aparecieran compañeros de la oficina festejando la broma, y, peor aún, que llevaran alguna cámara para inmortalizar la hazaña. Pero pasaban los minutos y nada de eso ocurría. La señora de la inmobiliaria me preguntó a qué hora se pasaría a recogerme al día siguiente, recordándome que posiblemente tendría que volver al Holiday Inn.

Los Smith subieron al piso que yo bautizaría como *el de los palcos* y que ni siquiera me habían enseñado, tan seguros estaban de que me ya me daba igual cómo fuera. Cuando bajaron otra vez al salón llevaban una pequeña maleta. Antes de marcharse tuvieron tiempo de hacerme dos advertencias, al modo Barba Azul, que presentaron amablemente en forma de dos peticiones:

La más importante: que no cambiase nada, de los muebles y objetos. Que comprendiera que los muebles eran una parte integrante del conjunto y no podían alterarse sin que la vivienda se resintiese por ello. Dije que lo prometía.

La segunda petición tenía que ver con que el arquitecto contaba con poder mostrar la casa a futuros clientes, porque sólo con planos y maquetas le resultaba difícil explicar cómo quedaba todo finalmente. Prometí también enseñar la casa sin poner pegas.

Para compensar estas restricciones, añadieron que, si yo quería, podía hacer uso del velerito que se mecía en un pantalán de la playa. Era tan pequeño que aquella noche me había pasado desapercibido. Les di las gracias, más por cortesía que

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

por verdadero interés. Salí con ellos a despedirlos en la puerta, y tras agitar levemente la mano, ayudé a que se cerrase y me quedé solo dentro.

Fue entonces cuando tomé conciencia del aroma que provenía de las paredes de madera y que siempre me recibiría al entrar, como un incienso de iglesia. Era algo envolvente y seductor, no demasiado fuerte pero imposible de ignorar. Sin duda tenía mucho que ver con la madera, pero también influía el olor de los cristales y el de los muebles. Al estar pintado todo de blanco podría pensarse que la casa estaba construida con materiales duros o metálicos, sin embargo, a excepción de las columnas, que eran de hierro y la chimenea que era de ladrillo, todo lo demás era madera y cristal.

Bajé al piso que se alineaba con el césped, dejé el comedor a un lado y me volví hacia la cocina, situada al interior. Era pequeña comparada con otras que había visto en mi peregrinar. En una pared había un marco no mayor que la tapa de una caja de puros. Me acerqué a leerlo:

### *SMITH HOUSE*

*Premio Nacional de Arquitectura 1968*

*Richard Meier*

La nevera estaba vacía. Me moví en busca de algún dormitorio. El principal estaba a nivel del salón, con la cama orientada a un gran ventanal que daba a un espacio cubierto frente al mar. Un navegante con prismáticos potentes podría

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

observar los movimientos del interior, sobre todo de noche. Tardé un poco en dormirme y recuerdo que me despertó un rayo de sol que decidió posarse en mi nariz.

Despertarse en la Smith House es como si uno amaneciera en otro planeta. Contribuye a esa sensación de aislamiento espléndido, lo privilegiado del lugar. Sitios como aquel hay muchos en el mundo; pero casas como aquella, en 1971, no había ninguna.

Aviones en dirección al aeropuerto de Kennedy iniciaban su trayectoria descendente desde el ángulo izquierdo y más alto de la cristalera, se ocultaban brevemente tras la chimenea y continuaban bajando hasta desaparecer detrás de un abeto.

Bajé los ojos hacia la playita. Efectivamente, había un embarcadero de madera al que se llegaba por unos escalones casi invisibles. Y un cascarón de velero dispuesto a experimentar una larga hibernación. La bocina del coche familiar de la dama de las viviendas me recordó que mi cepillo de dientes seguía en el Holiday Inn y que en la cocina no había café.

De día, la Isla del Contentamiento era todo menos tenebrosa, si bien los árboles seguían no dejando ver el bosque. Nada de vallas, rejas, o claros que permitiesen ver siquiera una esquina de sus casas.

Llegué algo tarde a la oficina. El edificio, que antes me parecía potente y armonioso, ahora se me presentaba encogido y casi ridículo. Ya en el despacho, me dispuse a retomar el trabajo de días anteriores, sin lograr la concentración necesaria. La imagen de la casa de Tokeneke, en Darien, se infiltraba en mi cerebro una y otra vez. Las hojas de los árboles que se veían

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

por la ventana el despacho no hacían más que recordarme el sitio donde había dormido la noche anterior.

Me levanté a estirar las piernas y salí a pasear un poco por el pasillo enmoquetado. Aquel movimiento hizo levantar la cabeza a mi secretaria. *Everything alright Mr. Orueta?*

*You see, Thérèse, I think I am in love...* Thérèse frunció el ceño. Y yo, elevando las palmas de las manos hacia el techo, terminé: *In love...with a house.*





*Los gansos también habían elegido el mismo sitio*

## Capítulo II

Como todas las tardes a las cinco, el edificio de las oficinas se quedó sin gente. Los coches abandonaban ordenadamente el aparcamiento, situado en la explanada principal, a ambos lados del edificio. Miré a mi recién adquirido *Chevy Montecarlo* con ojos críticos y lo encaminé hacia la puerta del Holiday Inn, a fin de recoger mi maleta, que había quedado en consigna.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

De nuevo en el coche, trataba de memorizar la lista de compras que había pergeñado en el despacho. Café, leche, huevos, pan, mantequilla, vino, sándwiches...todo iba a poder colocarlo en la nevera. Entre unas cosas y otras cuando llegué al puente de *Contentment Island*, ya estaba anochecido. A un lado del camino volví a distinguir el coche del policía, color café cubierto con nata. Salió el ocupante y me paró con un gesto. Enseguida comprendí de dónde venía el problema: ni Mr. Smith ni la dama de las viviendas habían dado a conocer a los vigilantes el improbable suceso de mi incorporación a la Isla. Tampoco el *Chevy Montecarlo* ayudaba mucho. En la *Isla del Contentamiento* (después lo supe) se podía ser dueño de cualquier clase de automóvil siempre que fuese un Volvo y mejor si era del tipo familiar.

Ante la falta de cualquier forma de acreditarme como inquilino, el agente (que no era agente, sino vigilante de una compañía de seguridad) se mostraba tan irresoluto como yo. Por fin tuvo una idea: que lo acompañase a la estación de policía, donde decía que todo quedaría resuelto. A su sugerencia respondí con una contraoferta parecida: ir juntos a la Smith House, donde podría comprobar varias cosas: una) que tenía la llave de la casa; dos) que podía hablar con Mr. Smith por teléfono y 3) que le invitaba a una copa.

Minutos después, subíamos el policía y yo la misma rampa que la noche anterior. No era la entrada nupcial que hubiera imaginado con Lene, pero acepté la situación, como confirmación de mi derecho a vivir allí. Hechas las comprobaciones pertinentes, el policía no quiso aceptar el whisky, tampoco pareció gustarle la casa, y se volvió rápido a su sitio junto al puente,

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Aliviado, bajé a la cocina con mi bolsa de cartulina marrón, esa que por sí sola define una película americana, y la deposité en la barra. Como los curas abren la puerta de un sagrario, así abrí yo la vacía nevera y fui depositando los víveres con mucho cuidado.

Luego subí al piso de los palcos, por primera vez. Lo llamaba así porque era solo medio piso, como el entresuelo de los teatros, y hacia levante solo estaba limitado por una barandilla desde la cual se podía ver, abajo, el salón, con la chimenea como protagonista. Detrás de aquella balaustrada había tres dormitorios acogedores como palcos. Unos dormitorios que empecé a imaginar ocupados por mis hijos.

Tras un suspiro resignado, descendí hasta al escenario y me retiré hacía el dormitorio principal, donde había descansado ya una noche. De allí pasé a un vestidor con armarios, que hacía de vestíbulo entre el dormitorio y el cuarto de baño. Todo este conjunto daba a la espalda de la casa, el muro blanco que se veía al llegar desde tierra.

La amplitud de los armarios evidenció lo exiguo de mis pertenencias. Yo casi no tenía nada. Solo dos o tres trajes, que resultaban muy europeos en la oficina, porque entonces en España los sastres eran numerosos y asequibles. En fin, aquellas prendas quedaron colgadas y la posesión simbólica quedó consumada. Después creí llegado el momento de encender aquella chimenea que parecía estar esperando a ver la maña que se daba el oficiante novicio. La noche anterior había estado encendida y quedaban las cenizas. No hubo necesidad de recalentar el tiro y la leña empezó a arder obediente y fatua, preludiando ocasiones repetidas en el futuro.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Me quedé sentado en el sofá, mirando a la chimenea con los ojos fijos en a una escultura de aire africano que imaginé ocurrencia de Meier y por lo tanto intocable. Sobre esa mesa situé aquella noche una bandeja con sándwiches y la botella de vino recién abierta y me dispuse a ingerir mi primera cena en la Smith House, observando bastante absorto las evoluciones del fuego que tenía delante. El interior de la casa estaba casi a oscuras mientras que fuera, los focos iluminaban troncos y copas de árboles seleccionados por mí, como habría hecho un director de orquesta que mandase saludar a unos músicos, distinguiéndolos de entre los demás.

Eran ya las cinco de la mañana cuando me desperté en el mismo sitio. Los sándwiches habían desaparecido y la botella estaba medio vacía. En una esquina de la mesa de cristal había una revista de modas. Posiblemente fuese Vogue. Antes de quitarla de allí se me ocurrió hojearla un poco. En las páginas interiores se presentaban varios conjuntos colgados en perchas vivientes y femeninas. Cuando las perchas dejaron de tener interés, pude advertir que la mesa de una de las fotos era idéntica a la que yo tenía bajo mis zapatos. Luego, repasando las páginas, vi también las columnas cilíndricas blancas, el sofá, las piezas geométricas de las paredes... Guardé la revista por si surgía la ocasión de enseñarla a alguien. Recogí la bandeja, observé cómo salía el sol por encima de las aguas de la ensenada de Long Island y me fui al dormitorio, un dormitorio que estaba algo molesto conmigo por haber preferido el sofá. Pedí disculpas y me escurrí a al cuarto de baño contiguo que no tenía nada de qué quejarse.



*Barbara Miller con las botas birladas a una compañía de seguros*

### Capítulo III

En contra de lo que yo hubiese creído, la Smith House no gustaba a los compatriotas de Richard Meier. Para empezar, nadie sabía quién era Richard Meier. Para seguir, todos tenían mujer e hijos, varios coches, algunos también motos, perros, mesas de billar, piscinas, barbacoas y demás acompañamientos

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

que contrastaban con la austeridad conventual de la casa Smith. Mis visitantes no se imaginaban viviendo allí.

Una de las observaciones que no fallaban era la imaginada dificultad de limpiar los enormes cristales; otra: que no había posibilidad de intimidad, al estar todo tan abierto y transparente. A la primera crítica yo respondía con mostrar que los cristales estaban perfectamente limpios y asegurar que yo no hacía nada por limpiarlos después de la lluvia o la nieve. A la segunda, que, en los países nórdicos de Europa, de donde procedía la inspiración de Meier, la intimidad era menos importante que la luz del sol.

La falta de entusiasmo sobre la casa de Meier solía venir compensada con expresiones de admiración sobre el entorno y la panorámica vista que se abarcaba.

La bienaventuranza de la playa dio pie a un comentario mío sobre cómo las *wáter-front properties* eran algo que los españoles sabíamos existía en otros países, como el divorcio y la poligamia, pero que en España eran ilegales. Aquella observación impertinente era como decir a un sultán que con una mujer bastaba y dejé lo de las *water front* y el divorcio en paz.

No todos mis visitantes eran insensibles a la estética de aquella casa. Don (Donald) y Joyce Pendery, Bob y Lynn James, Michael Kaufmann, John y Wendy Duerden y hasta los mismos Elmer y Susan Humes, reconocían belleza en sus líneas y se congratulaban por mi entusiasmo de ermitaño.

En compensación, yo también traté de ver con buenos ojos sus viviendas. Pero, la verdad era que, ofuscado por la Smith House, me parecían desprovistas de alma. Solo se

salvaba la de Jack y Liz Thomas, unos ingleses muy cordiales que habían alquilado una bella residencia en Westport, que pertenecía a Bette Davis. Westport era también la localidad elegida por judíos del mundo del cine que preferían no vivir en Nueva York, pero sin irse demasiado lejos.

También Bárbara era judía. Antes de que viniese a ver la Smith House cavilaba yo sobre cómo sería su reacción. Una tarde, después de las cinco, me fui a la casona de la fotógrafa Margaret Bourke-White llevando conmigo el ejemplar de la revista Vogue. A los proscritos, como llamaba yo a los amigos de Bárbara, les pareció bien mi casa y fueron invitados. No sé qué extrañas consignas tenían entre ellos, pero al final no vino ninguno. La que vino fue Bárbara, siempre sonriente y positiva, y lo suficientemente entusiasta para admirar el estupendo juguete que es como ella definía la casa. No dejó esquina sin ver y comentar. ¿Por qué no pones las fotos de Margaret? me preguntó, al ver tanta pared blanca disponible. No quise confiarle el voto que había hecho de no cambiar un ápice del conjunto, para no perder puntos en su estimación, aún favorable por falta de tiempo. Así que decidí excusarme alegando que aún no había recibido los marcos.

Con la nariz casi pegada en una de las cristaleras frontales, Bárbara notó la presencia balanceante del velerito. Luego se volvió para decirme que la próxima vez le gustaría cruzar al otro lado de la costa para visitar conmigo a una tía suya que vivía en Long Island. Asentí con la cabeza, sin entrar en detalles.

Bárbara se manejaba por la vida sin titubeos. Todo le parecía bien. Todo, menos las compañías de seguros. “Voy a

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

cambiar de coche” -me dijo una vez- “porque éste tiene demasiadas averías”. Pidió que la acompañase en el mío, alegando que el nuevo aún no estaría listo. Entramos en una zona más boscosa de lo normal, paró su coche y allí lo dejó tirado en el arcén. No quise preguntarle qué le había pasado y nos volvimos a la casa de los proscritos en New Canaan.

Otra vez, fuimos congregados para salir a comprar zapatos. Yo intenté zafarme, pero fui introducido a empujones amables en uno de los coches, donde reinaba una alegría mayor que de costumbre. Pasados unos minutos la caravana aparcó en la plaza de un centro comercial. Los proscritos adoptaron aires de tranquilidad y parsimonia y se dirigieron a un establecimiento bastante amplio, o sea gigantesco, donde solo se veían zapatos y gente comprando zapatos.

No eran muy interesantes porque en aquel país y en aquellos tiempos, los zapatos no pasaban de ser vistos como un instrumento bastante útil para proteger los pies de los elementos y de las rozaduras del camino. Aún así debieron parecer dignos de estudio a los proscritos, puesto que dedicaron tiempo a probarse varios pares y a contrastar opiniones reconfortantes. Barbará no comprendía por qué yo no me interesaba por ninguno de los que se ofrecían en larguísimas estanterías. Cuando el grupo se recompuso para la retirada, observé que los proscritos se marchaban sin pagar y saludando a las cajeras. Resultaba que la póliza del seguro contra robos del establecimiento y la franquicia de robos admitidos ese año estaba lejos de haber sido cubierta. Se puede decir que los proscritos completaron los robos pendientes, ante la mirada benévola de las cajeras, quienes, sin la menor duda, ya habían repuesto sus armarios convenientemente. Bárbara pidió que me

esperasen mientras me apropiaba un par de botas de vaquero color azul.

En otra varilla del abanico de personas que visitaron mi casa destacan los nombres de Don Pendery y de Joyce, su mujer, que era catedrática de Historia. Don siempre me pareció el ejecutivo más culto, más discreto, amable y menos escuchado de los que rodeaban a Archibaldo, el mandamás de la Compañía. Habría que añadir que Don fue jefe mío. Los jefes de las grandes empresas estadounidenses tratan a sus colaboradores con una amabilidad que roza la ternura. Al igual que sus casas, carecen de vallas o defensas; recuerdan los nombres de esposas e hijos, felicitan en efemérides familiares y se interesan en sus problemas de un modo difícil de imitar.

Don era un excelente ejemplo de ello. Procedía de IBM, el espejo en que Xerox gustaba de verse reflejada. Varios fichajes de sus directivos eran el mejor reconocimiento a la superioridad de aquella.

Intrigaba a Don una tendencia en mi manera de discutir a dejar las conclusiones para el final, después de asegurar la aceptación de evidencias parciales. Decía que en las empresas americanas había que hacer como los periodistas, que ponen lo importante al principio. Yo contestaba que una cosa era informar y otra convencer. El replicaba que el tiempo era oro y solo cabía gastarlo si antes se generaba suficiente interés. Yo contraponía que el interés podía residir precisamente en no conocer el final de una historia de antemano. Y puse como ejemplo mi experiencia en Europa alegando que Luis González Camino y yo fuimos prácticamente secuestrados y metidos en un avión de Madrid a Londres, para exponer con todo el tiempo

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

que quisiéramos nuestros argumentos sobre la ridiculez de los objetivos que Rank Xerox nos tenía asignados. Para convencer a los consejeros trajimos unos pesados listados de ordenador sacados subrepticamente de la Administración española, con todo lujo de datos por sectores, geográficos y clases de contratos de trabajo. Extrapolando clientes a no clientes se podía demostrar que las previsiones de Londres carecían de base. El anciano presidente Thomas Law nos felicitó al terminar. A raíz de aquello, Luis G.C. se convirtió en una especie de duque de Alba europeo, que aterrorizaba a sus huéspedes con el estilo implacable de quien no duda. Y en consecuencia también, yo me vi destinado a Londres.

A esta historia banal, Don contestó con razón que de no haberse producido antes un mensaje corto del presidente de la compañía española, nadie nos habría escuchado.

Estuve varias veces invitado en su casa. Don y Joyce conocían bien Europa y sentían especial interés por Italia, y dentro de Italia, por Florencia. A veces pienso que la Humanidad podría dividirse en dos grupos: los que piensan que Florencia es el mejor lugar del mundo y aquellos a los que la existencia de Florencia, curiosamente, pasa más o menos desapercibida.

Don leía mis pensamientos y los compartía con Joyce. La primera vez que fui a cenar a su casa se interesaron por mi modo de vida en la Smith House. Ellos se acordaban de encuentros familiares muy distintos y al despedirse me aseguraron que la casa gustaría a mis hijos, cuando viniesen. “Sure”, respondí mirando a otro lado. Sonrieron comprensivos y me dieron la mano ya en la puerta.



*La tentación de salir a navegar se hizo irresistible*

## Capítulo IV

No fue el miedo a una segunda sugerencia de cruzar al otro lado de Long Island para ir a ver a la tía de Bárbara, ni tampoco el bamboleo displicente del pequeño velero. Esas razones contribuyeron a la decisión, pero no eran la causa principal. Fue el deseo de ver la casa desde el mar lo que me movió a elegir una tarde de domingo, en que las aguas estaban

tranquilas y corría una brisa muy ligera, como momento de intentar my primera salida en barco.

En una de las pocas veces que me dio por entrar en el garaje, yo había advertido un tubo fino que estaba olvidado en una esquina, como el arpa de Bécquer, y rodeado de una especie de funda de plástico, que muy bien podría ser tenida por una vela. Muy cerca, también pegado a la pared, se veía un pequeño motor de embarcación, que pesaba más de lo que aparentaba a simple vista.

La mañana de aquel día había bajado a inspeccionar el velero y pude comprobar que, en lo que podríamos llamar su ombligo, disponía de un encaje muy propio para colocar el tubo del garaje, y junto con él; la vela. Luego observé que en la popa se podía colgar fácilmente el pequeño motor, así que todo estaba listo para la prueba.

Un velero pequeño, al igual que una bicicleta, ofrece una apariencia engañosa de simplicidad e inocencia, al menos para quienes piensen que es posible empezar a desplazarse subido en ellos, sin arrostrar dos o tres sobresaltos, como mínimo.

Ajeno a estas consideraciones, hice el camino del garaje a la playa un par de veces y, ya con todo dispuesto en el pantalán, inserté el tubo aquel en su receptáculo, quedando inmediatamente convertido en el palo mayor, si bien pequeño, del barco. Desde lo alto del mismo colgaban dos cables a modo de tirabuzones, que fueron prontamente fijados a ambos costados. Luego fue el turno del motor, que, con los pies en el agua, coloqué en la popa sin dificultad.

Sentado en el banquillo, estuve unos minutos considerando si de verdad había llegado el instante de soltar las

amarras o cabía pensarlo un poco más. Noté que si me inclinaba a la derecha el palo mayor se inclinaba también a la derecha y que si lo hacía a la izquierda la respuesta era la que cabía esperar. Animado por la docilidad de la montura, solté las ligaduras que nos unían a tierra firme, alargué la mano para con la presión separar el barco de la orilla, y procuré desenrollar del todo la vela, cosa que ocurrió sin mi ayuda, dejando un cabo al aire, visible en un extremo. El poco viento que había apartó la vela un lado, cayó el cabo al agua y me costó alguna pirueta recuperarlo. Una vez que lo tuve en mi mano derecha, teniendo en la otra la caña, el barco empezó a separarse del embarcadero. Sentí algo parecido a la primera vez que monté en burro, sobre todo al comprobar que si movía la caña a la izquierda el barco se iba a la derecha; y viceversa.

No parecía razonable y podría haberse tomado como una reacción maleducada del velero (que hubiese preferido seguir dormitando) pues no me cabe duda de que los seres inanimados son capaces de cosas así. Otro comportamiento engañoso del barquito era que el cabo de la vela actuaba al revés de cómo hubiera sido de esperar. Si tirabas de él, para frenar la montura, su reacción era ir más deprisa y si dabas suelta a la rienda, se paraba. En fin: bueno era saberlo y recordarlo en lo sucesivo.

Embarcación y tripulante, estrechamente unidos, conseguimos alejarnos de la playa unos doscientos metros, momento en que me dispuse a volver la cabeza para ver, ya por fin, la Smith House desde el mar. Allí estaba, un poco más pequeña e indiferente a nuestras maniobras. Al salir de la zona más protegida del viento, de pronto, sin saberse por qué, el barco dio un vuelco y se quedó tumbado, flotando. Fue como la

vez que me tiró un caballo en Segovia, sin motivo alguno para ello. Lo peor no era que el agua estuviese más o menos fría, sino que el pequeño motor había desaparecido.

Volví nadando hasta la playa para discurrir, en seco, la manera de recuperar el barco. Mi primera idea fue ir a comprar un ancla para que no se fuese más lejos. Esta idea tenía el inconveniente de no saber dónde encontrar una tienda de anclas. Más sencillo sería comprar un rollo de cuerda bien largo y acercarlo, nadando. Si no bastaba con uno, compraría dos y los ataría.

Eso hice. Salí con el coche al centro comercial de Ridgeway y encontré lo que quería. Tardaría en volver a la casa una media hora. Cuando llegué al punto donde empiezan los escalones de bajada a la playa, vi que el barco estaba tan tranquilo en el embarcadero. Junto a él brillaban los cromados de una lancha que evidentemente era de la Policía. Dos agentes estaban pisando ya la arena y al verme arriba, movieron las manos saludando.

Desde aquel día en que los policías y yo intercambiamos palabras muy corteses, mis aguas territoriales fueron objeto de una vigilancia más asidua, lo que me producía sentimientos encontrados: de tranquilidad por un lado y de víctima de intromisión por otro. En la jornada del naufragio lo importante era que el barco había quedado a salvo y que la actitud de los salvadores no pudo ser más correcta y atenta. Ya fui aprendiendo que en el mar nadie hace de menos a nadie. No es correcto, es poco marinero, porque en el mar hasta el más experimentado comete errores cuando menos imagina.

Aquella tarde, sin embargo, mis pensamientos iban por otros senderos. A pesar de haber salido relativamente bien librado me sentí invadido por una melancolía que no podía atribuirse solamente al hecho de tener que comprar un motor nuevo. Lo que me pasaba era que una ilusión, una incipiente y minúscula ilusión, se había desvanecido. Una puerta, pequeña, pero abierta a un espacio inabarcable, se había cerrado de repente. La casa Smith se había quedado como encogida y el vuelo de los gansos casi me producía irritación.

Bajé a recoger los aparejos del barco; desmonté el palo y enrollé la vela, atándola cuidadosamente con el cabo, que le salía en forma de rabo. Todo debía volver al garaje.

Entonces me detuve a pensar un poco en el garaje.

Desde el principio mi actitud con respecto al garaje había sido bastante desconsiderada. Yo dejaba el coche fuera, sin molestarme en hacer uso del espacio protegido. Aquel garaje no podía tener una buena opinión de mí, porque yo no la tenía de él. Al estar tan separado de la casa y tan falto de gracia, atribuí su existencia a una petición extemporánea de sus dueños, posiblemente de Carole. En la Smith House jugaba un papel prescindible, un *after-thought* que lo asimilaba a un ente adoptado, por cuyas venas no corría la misma sangre que la de sus progenitores.

Noté que había perdido su aire enfurruñado y que mi fracasada navegación y naufragio subsiguiente le causaban risa, producto de una gran alegría. Al menos habían servido para eso. Con el palo y vela bajo el brazo y frente a la puerta me detuve un instante. “No eres feo” le dije, antes de abrir. “Siento

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

no haberte usado más” añadí. Por el portón subido entró luz de afuera, pero como no había bastante encendí la de dentro. Miré al rincón donde había estado el mástil y lo volví a colocar en la misma posición.

Cuando me disponía a salir, algo me llamó la atención sobremanera. Algo que estaba apoyado en otra de las paredes, algo que tenía forma de ala o aleta, del tamaño de un perro grande, pero muy liso y afilado. Todo lo cual no hubiera tenido mayor interés en circunstancias normales, sino hubiera sido por su color. Aquello tenía el mismo, idéntico, inconfundible color rojo del barco.

Aquello era una quilla.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*



*La Smith House al amanecer*

### Capítulo V

La casa de los Smith fue de las primeras que construyó Richard Meier. Es de 1969. Yo viví en ella en 1971 y la mayor parte de 1972. Tenía 36 años, dos menos que Richard Meier.

Los principios de la carrera de Meier como arquitecto no fueron fáciles. A falta de clientes, empezó haciendo una casa para sus padres. Al terminar sus estudios estuvo en Europa y se

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

quedó impresionado por el arte de Le Corbusier, de Alvar Alto y Walter Gropius. Si hubiera que resumir en un edificio concreto la influencia europea en la obra de Meier, elegiríamos la casa con que Le Corbusier participó en el concurso de arquitectura que se celebró en Stuttgart en 1929. Pero, como dicen algunos, el plagio se perdona cuando el robo va seguido de asesinato, y la Smith House desarrolla esa rama del árbol de Le Corbusier más allá de la intención del suizo.

Cuando volvió de su viaje, estableció su estudio de arquitectos en Nueva York, con la ilusión, egoísmo (e ingenuidad) de los grandes creadores. Sus primeros clientes eran amigos que “se dejaban” construir casas de temporada y bajo presupuesto. Aún así, después de poner toda su pasión en un proyecto no era raro que el cliente se echase atrás y la maqueta se quedase en un recuerdo que muy bien podía ser confundido con una escultura.

Y ya ha salido a relucir la palabra escultura, algo inevitable al comentar la obra de Richard Meier. Quienes hemos vivido en alguna de sus casas, cuando se nos pregunta qué se siente, casi todos coincidimos en decir que es como “vivir en una escultura”. Lo cual no remite a una sensación de claustrofobia. Todo lo contrario. Habría que entender por escultura un modo de limitar la materia de forma que su visión, desde cualquier ángulo y bajo cualquier luz, produzca una sensación agradable y ennoblecadora; independiente del uso práctico que el objeto pudiera tener. En este contexto, las casas de Richard Meier seguirían siendo bellas, aunque no fueran casas.

Una variante de esta explicación es la que atribuye su encanto a la forma como las imágenes del exterior se hacen

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

presentes a través de espacios abiertos y grandes ventanales, de forma que el objeto nunca es el mismo, porque el paisaje cambia continuamente durante el día y aún durante la noche. Sus habitantes suelen decir que: “pasan los años y no pasa la ilusión del primer día, porque la casa nunca es hoy la misma que era ayer”.

No en todos los entornos caía bien la singularidad de las casas de Richard Meier. La blancura ofendía a los defensores de la Naturaleza. Pero “la blancura” no era el único problema. Los techos lisos y los grandes espacios acristalados chocaban con la mentalidad de la mayoría de los propietarios de casas suburbanas. De forma que, aunque hubiera interesados dispuestos a comprar y construir, luego resultaba que no podían llevar a cabo su propósito por la oposición de los vecinos de la zona residencial. Una casa de Meier resaltaba demasiado y no armonizaba con el estilo y la cadencia de las demás viviendas, ocasionando una pérdida patrimonial al conjunto y alterando la naturaleza del paisaje.

La vivienda de los Smith, al estar en un *cul de sac*, en el extremo de *Contentment Island* pudo librarse del escrutinio vecinal. Los Smith habían pensado en una sola planta, como casi todos los que se atrevían con una casa “contemporánea”, pero Richard Meier encontró una excusa para proponer una de tres plantas, diciéndoles que, al ser el terreno rocoso, ahorrarían mucho dinero reduciendo los cimientos.

Richard Meier era entonces un arquitecto-escultor. Yo asistí a una exposición de sus esculturas en Nueva York aquel año de 1971. No eran entonces esas oscuras madejas metálicas en forma de estropajos que vendrían después. Las que vi en

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Nueva York eran como sus casas, pero reducidas a la mínima expresión. De manera que se podría decir que eran como semillas. En cambio, las posteriores si podían entrar en el recinto de las casas porque “se complementaban”. De alguna manera, el *Espíritu de la Contradicción* encontraba cobijo en medio de la blancura y verticalidad de Meier.

Los escultores tienden a hacer obras verticales, tal vez por instinto vital, si aceptamos que la horizontalidad se relaciona con el sueño o la muerte. Las primeras casas de Meier miraban hacia arriba. Luego, la limitación de los deseos de sus clientes hizo que renunciase a esa aspiración y sus casas se desparramaron en el espacio.

Las primeras casas de Meier son un pequeño grupo de cinco que forman la Smith House, la Hoffman House, la Saltzman House, la Douglas House y la Shamberg House. Siempre he pensado que la mejor de todas es, naturalmente, la Smith House, pero las otras cuatro son hermanas suyas y tienen derecho a que se hable de ellas.

Empezando por la Hoffman House. Yo la llamaría “la casa de Euclides”, porque es algo así como la apoteosis del Triángulo. Fueron valientes Anita y David Hoffman, en prestarse a que Meier les construyera una casa en sustitución de la prefabricada que habían imaginado para una pequeña parcela de East Hampton en Nueva York. En el plazo de unos meses, según lo prometido, Richard Meier hizo realidad un “ejercicio de artista” a base de geometrías profusas en ángulos agudos, rectos y obtusos. Los espacios acristalados son menos abundantes y el espíritu “marino” está ausente. Ello se debe a que los Hoffman tenían niños pequeños y todo lo que pudiera suponer un peligro de caída debía ser evitado. En la actualidad

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

esta casa ha perdido interés. Alguien, que no Richard Meier, ha recubierto las paredes blancas de planchas grises, un tanto irreverentes.

Paso a la Saltzman House. Aquí el diseño central va acompañado de una excrecencia o ameba, unida al núcleo por un largo pasadizo. Y se debe a una razón tan simple como que Ellint y Renny Saltzman eran abuelos. A fin de compatibilizar las agradables visitas de hijos y nietos con la paz y tranquilidad necesarias a esa edad, Meier ideó esta especie de retiro, que podía ser utilizado a discreción, como resguardo de las alegrías y juegos infantiles, tan encantadores siempre que conserven la cualidad de prescindibles.

Pero de todas las casas de autor, la que más recuerda a la Smith House es la Douglas House. Los Douglas vieron la casa Smith y quisieron tener una igual. Comprensiblemente, Meier no quiso repetir. El lugar elegido era una urbanización en una ciudad famosa como constructora de muebles que está a orillas del lago Michigan. Tenían ya la parcela comprada y sólo faltaba que la comunidad de propietarios aprobase el proyecto de Meier. Pero fue denegado. Los Douglas consiguieron recuperar parte del dinero invertido y compraron un pequeño trozo de bosque con vistas al lago. Parecía imposible construir nada allí, por lo inclinado de la pendiente, pero la dificultad actuó como acicate a la inspiración de Meier que produjo una segunda obra maestra.

La Douglas House es como una Smith House que se viniera abajo en forma de cascada. Es también una construcción vertical, a la que se accede por la planta más alta, por una entrada simple y austera. La emoción se desencadena al

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

descender a las plantas inferiores en un ambiente que los Douglas reconocían como el de la Smith House. Los mismos elementos, las mismas columnas cilíndricas, grandes ventanales acristalados, el paisaje metiéndose dentro de casa, todo verdor, el azul del agua enfrente, la luz cambiante, las escaleras inspiradas en la cubierta de los trasatlánticos ... no faltaba nada. Posiblemente los Douglas fueron los clientes más candorosos con que Richard Meier se topó en sus comienzos.

La Shamberg House es una hermana menor de la Smith House. Es la más pequeña y tienen en común el que se entra por una especie de promontorio accediendo al interior a media altura. Carece de chimenea y abundan los elementos náuticos, pese a que no hay pizca de agua a la vista. Está adosada a una vivienda oscura, anterior.

Una vicisitud común en las primeras casas de Meier es que quedaron descuidadas por sus propietarios. La pintura que recubría el ladrillo de la chimenea de la Smith House empezó a cuartearse, dejando al descubierto las juntas y rompiendo la ilusión de unidad con el resto de la construcción. La Douglas Home estuvo totalmente abandonada varios años.

A los desperfectos del paso del tiempo, siempre corregibles, se añadieron las remodelaciones, que tienen mal arreglo. También la Smith House ha sufrido con la edad formaciones adiposas en un costado. Rubricadas por Richard Meier, no tienen otra excusa que probar la amistad del arquitecto con sus antiguos benefactores.

Dos ejemplos de “casas clientes” serían la Old Westbury House y la Aekberg House. La segunda representó para Meier su consagración entre los millonarios de la costa Oeste. En

cuanto a la Old Westbury, baste apuntar que dentro de ella hay 16 dormitorios. Representa el punto de partida de otro tipo de cliente: el de las grandes multinacionales o los ayuntamientos de metrópolis importantes como Milán, Florencia, Barcelona, Frankfurt, Berlín y Nueva York.

La firma Meier y Partners siguió aceptando pedidos de clientes particulares, pero la sencillez de la época inicial fue evolucionando. El color blanco dejó de ser omnipresente, las zonas acristaladas fueron dividiéndose en rectángulos cada vez menores; apareció el aluminio y las maderas exóticas

En la actualidad, una de las ocupaciones del despacho Meier & Partners consiste en dar (o denegar) certificados de autenticidad a pretendidas “Meier houses”. De Richard Meier ya no hay que esperar otra cosa que un bien ganado descanso, honores y años de paz y tranquilidad.

He dejado para el final de este capítulo la historia de la Maidman House, porque creo que ejemplifica la superación del eterno conflicto entre el Autor y su Cliente.

En 1970, los Maidman vieron desde el mar la Smith House y se quedaron prendados de ella. El matrimonio era propietario de una casa en Sand Points, otro lugar de la costa de Long Island, más cerca de Nueva York, parecido al de Contentment Island.

Averiguaron quien era el arquitecto y se presentaron en las oficinas de Richard Meier para pedirle una casa como la que habían visto navegando en aguas de Long Island. Acudió Meier al lugar de los Maidman y su casa le pareció horrorosa. Una vez dentro de ella, dio a entender que la actual residencia tendría

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

que ser eliminada para en su lugar erigir la que imaginaba como excelente propaganda por quedar tan visible y tan cerca de Manhattan.

Todo parecía ir bien hasta que se enteró Dagny, la pequeña hija de Lynn y Richard, Los adultos tendemos a minusvalorar el afecto que los niños sienten por sus cosas y animales. Dagny no paraba de llorar. Los Maidman pidieron a Meier que aceptase construir la nueva sin derribar la vieja, pero el arquitecto no estaba dispuesto a dejar en pie lo que consideraba un adefesio, dicho todo, naturalmente, con buenas palabras.

Cuando ya se habían resignado a seguir viviendo como antes, recibieron una llamada del arquitecto. En ella Meier aseguraba que haría la nueva casa sin derribar la antigua...pero en el mismo sitio. Sería como un traje de novia que recubriría el cuerpo de la antigua. ¿Aceptaría Dagny? Dagny aceptó.

El abrazo del oso dejaba literalmente emparedada la casa anterior, de manera que solo la techumbre a dos aguas iba a quedar visible, siempre que fuese desde un helicóptero. Las operaciones de cirugía interna iban transformando los espacios a gusto de todos. Meier estaba en todo. Logró que Dagny le siguiese la corriente. Pudo desempapelar las paredes, pintarlas de blanco, vender o tirar todos los muebles y sustituirlos por otros. Solo accedió a la petición de que una parte que ya estaba tan blanca como la nieve, admitiese un adorno de colores en contraste.

Desde fuera los muros fueron adoptando un movimiento armónico de connotaciones pictóricas. Y no podía faltar la chimenea externa.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Ya casi terminada la obra, Meier introdujo dos elementos novedosos: a) unos alargamientos curvilíneos como tocas monjiles en las paredes laterales, y b) un tobogán.

El tobogán de Dagny combina un toque lúdico con una salida de emergencia. Cabe imaginarlos a los cuatro, dejándose caer, entre risas y miedos, por aquel tirabuzón resbaladizo en la inauguración de la casa renacida.





*El rojo corresponde al buzón de la Smith House*

## Capítulo VI

Al recordar mi entrada en la Smith House me sorprende lo escaso de mi equipaje. Puede decirse que no tenía nada mío. Ni libros, ni discos, ni raquetas, ni instrumentos musicales, ni radios, ni televisiones, ni cámara fotográfica, ni cartera de documentos, ni esquíes, ni palos de golf, ni bufandas, ni guantes, ni zapatillas de correr...

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Tenía, eso sí, unas botas de vaquero azules, las fotos de Margaret Bourke-White y un disco que me llevé de su casa (con permiso de los proscritos) y que correspondía a la 3ª sinfonía de Joachim Raff, esa que recibe el apodo forestal de *Im Walde*. Era, como todos, de vinilo y junto con *Leonora*, compartía mis descubrimientos musicales en América. Para combatir el silencio excesivo hice partícipe de mis hallazgos a Bárbara, pero ella juzgó insuficiente un repertorio con sólo dos opciones y me recomendó añadir: *Chicago, Santana, The Carpenters, Carole King, Emy Lou Harris, Carly Simon, Aretha Franklin* y otros que no recuerdo.

Nada de aquella música me hacía recordar a la lejana Europa, pero he de admitir que algunas canciones venían muy a propósito en las horas bajas. Había días en que me quedaba tiempo mirando los cristales mientras la bruma ocultaba las aguas de Long Island Sound y Carole King y su piano hablaban de “demasiada lluvia”. *If anyone ask you how I am...Just say I'm doing fine, 'cause I'm doing the best I can.*

Llegó un momento en que el oráculo que todo lo observaba desde la chimenea me dijo que ya estaba bien de baladas y sugirió espaciar el ronroneo sentimental. Hubo una excepción a la censura: un disco regalo de mi amiga la señorita Marjorie, que deberá ser presentada en breve. El disco contenía canciones israelíes que resultaron agradables a la casa por consideración a los ancestros de Richard Meier. La persona que las cantaba se llamaba Iva Zanichi. La canción titulada *Non scordati di me* fue censurada.

Un objeto que me apresuré a adquirir fue la cámara de fotos. Era una Kodak Pocket *Instamatic*, del tamaño de una pastilla de jabón algo alargada y que se cargaba con unos

cartuchos diminutos. Con esa cámara hice las fotos que aparecen en estas páginas. Las hice para enviarlas a la madre de mis hijos. Luego sólo mandé una, la de los gansos, y con tres billetes Copenhague/ Nueva York, que eché al correo como quien tira al mar una botella con un mensaje dentro. El mensaje decía “Los gansos y yo os esperamos”.

Con los billetes volvieron los recuerdos de los últimos días en Wimbledon. La negativa de Lene a irse a vivir a Estados Unidos. La casa de Lake Road vacía. Los regresos en coche desde las oficinas de Euston Road. Por necesidad tenía que cruzar un puente que hay en el barrio de Fulham. Una tarde, antes de pasarlo, advertí en la acera de la izquierda una joven con faldas largas como las de Lene, que me hacía señal de auto stop. Su aspecto me hacía pensar en la gitana Esmeralda de *Notre Dame*. Aquel atuendo me traía malos recuerdos, pero quizás por eso paré y ella se sentó en el asiento de atrás.

También vivía en una comuna. Como yo estaba bastante harto de todo le pregunté si me admitirían. Aquello le hizo gracia y quiso saber los motivos. Cuando supo algo más sobre mí, me dijo que mejor no. Algo más tarde se acercó un poco al asiento de delante y aclaró que era mejor para los niños que me fuese a Estados Unidos. “Puede que tengas razón”, le dije. Cuando ya faltaba poco para llegar le pregunté si quería ver cómo vivía yo. Estuvo unos segundos pensándolo y luego respondió. “Haré algo más útil. Te regalo este libro”.

Como el autor era ruso, la novela transcurría en Rusia. Esmeralda debió pensar que yo daba el perfil del protagonista. Empezaba con que se quería suicidar, arrojándose al Volga. Unos minutos antes de consumar su decisión observó un letrero

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

en una casa anunciando los servicios de un brujo, o un mago, para almas atribuladas. El suicida le contó los motivos por los que prefería dejar de vivir, que ciertamente no eran pocos, y se lamentaba de haber tomado la peor de las decisiones posibles cada vez que la vida le había ofrecido varias opciones en encrucijadas de caminos muy diferentes. Uno de los primeros capítulos termina con que el brujo hace las brujerías necesarias para darle una segunda oportunidad, volviendo a nacer, pero sabiendo las consecuencias de cada decisión antes de tomar cualquiera de ellas.

En el capítulo último, el protagonista vuelve a querer matarse porque ha repetido las mismas decisiones, esta vez amparadas con el argumentos de que la decisión errónea no era la primera, sino la segunda, y cuando llega el momento de la segunda no era culpa de la segunda sino de la tercera y así indefinidamente.

En fin, el libro me gustó, pero no me convenció del todo. Si acaso, me hizo más consciente de que la libertad de movimientos es algo que compartimos todas las criaturas, aunque la del caracol y la del cangrejo tengan limitaciones diferentes a la de los humanos y éstos a la de las aves, dentro de que cada uno puede ir a donde le plazca.

Y luego estaba la cuestión del azar. El azar como liberación del destino. La novela de Ouspensky me parecía demasiado determinista. En cambio, las consecuencias de decisiones triviales tomadas, no por nosotros, sino por personas que ni siquiera podrían sospechar la relevancia de un pequeño acto suyo en la vida de otros, era algo que yo había experimentado y que me seguía produciendo una sensación como de juego.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Sentado frente a una pequeña mesita, redonda, blanca, de un solo pie, mirando por encima de la playa, con los ojos semicerrados, me decía que yo no estaría allí, en esa casa y en esa silla, de no haber sido por la fascinación que un señor belga sentía por los percebes de Galicia.

Vivía el magnate en La Hulpe, lugar privilegiado del mundo, no lejos de Bruselas y era un gourmet donde los haya. Todos los años viajaba con su mujer y dos hijas a comer percebes y encargaba que se los mandasen por avión los meses en que necesariamente tenía que vivir en su país. El origen de la pasión de Mr. Neukens se remontaba al año en 1950, cuando el “mercedes” en que viajaba en Galicia con su mujer e hijas, se encontró frente a frente con un camión en medio de un estrecho puente. Creyó el belga que el camionero accedería a recular, pero no fue así. Se bajaron ambos de las cabalgaduras y la discusión terminó con la invitación del camionero a los cuatro belgas a que probasen la succulencia de los extraños seres que habitan en las rocas más sacudidas de Finisterre.

En su país, Neukens padre sentía que no había sabido corresponder al camionero. Para tranquilizarse, buscaba españoles, los que fueran, para agasajarlos. Uno de éstos, abrumado por la hospitalidad de la familia en la Hulpe, padecía el mismo sentimiento de culpabilidad sin culpa.

En 1953 tres amigos, dos y yo, estábamos planeando en una mesa del bar de la Facultad un viaje, en Seat 600, a Dinamarca, para respirar un poco de aire nórdico. El estudiante de la Hulpe, que había escuchado nuestra conversación en una mesa contigua, se acercó a contarnos su peripecia en la casa de

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Neukens y pedirnos por favor que le llevásemos un queso manchego de su parte.

El viaje quedó inmortalizado en el diario de uno de los tres exploradores, que no era yo. Allí se cuenta todo, pero lo que importa es que antes de partir de Bélgica, los Neukens nos dieron señas a qué acudir en Dinamarca. Una de las hijas, Claire, había hecho intercambio con una familia danesa y se ofrecía a escribirles anunciando nuestra visita. Así conocimos a los Gram. Y a Lene.

Pasado un año, en la misma Facultad, un compañero casi desconocido se me acercó para hacerme una curiosa oferta. Había logrado una beca en la Universidad de Copenhague. Una beca de intercambio entre Universidades. El danés ya estaba en España, pero en el último momento, los padres del español se opusieron a dejarlo vivir nueve meses en país tan poco católico. Como no quería quedar mal en Asuntos Exteriores, proponía que me presentase en las oficinas del Ministerio pidiendo desesperadamente una beca para Dinamarca. Estaba seguro, decía, que me la darían a condición de que me fuera inmediatamente.

De manera que los percebes por un lado y el fanatismo religioso, por otro, abrieron un paisaje nórdico en mi vida. No fueron decisiones mías, sino del azar.



*El Chevy Montecarlo cruzando el puente de Contentment Island*

## Capítulo VII

Llevaba yo varios días maquinando el sacrificio inminente del Chevy Montecarlo en aras de una mejor adecuación a los gustos de mis desconocidos vecinos de Contentment Island, cuando un maravilloso acontecimiento vino en su socorro y aseguró su permanencia en mi compañía.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

La resistencia que el mar había opuesto a mis deseos de congraciarme con sus aguas y ser bienvenido en ellas, hizo que volviera la vista a tierra, conformándome con espacios más familiares y acogedores. Impregnado del propósito de apreciar lo que se tiene a mano en lugar de perseguir lo escurridizo y esquivo, le pedí a mi coche me llevase donde quisiera, siempre que no fuera a la oficina, porque era sábado.

Fairfield County es un bosque, y las carreteras son como paseos dentro de un parque. En otoño los árboles parecen cuadros de pintor principiante, tal es la intensidad de sus colores, en los que se hubieran usado todos los tubos del estuche. En invierno no queda una hoja y sólo recuperan la belleza perdida cuando nieva. Entonces el color blanco sustituye o representa a todos los otros, como hubiera repetido Meier. A veces nieva demasiado, se rompen las ramas, caen los árboles más viejos y se corta la luz. Cada cual tiene que arreglárselas para quitar la nieve de su parcela, algo que resulta ser más penoso de lo que pudiera parecer a los no iniciados.

El coche siguió su instinto y me condujo tierra adentro, atravesando bosques y cruzando dos autopistas, con tanta dedicación que empezó a preocuparme. Pasada una media hora dejaron de verse árboles y entramos en una región de prados y olmos que me recordaba el paisaje inglés. La carretera era estrecha, nos habíamos perdido y era hora de intentar volver. Pero teníamos delante tres coches y no había manera de pasarlos.

En un recodo, una tabla clavada en forma de T anunciaba el nombre del lugar indio de una desviación. Supuse que se trataba de un restaurante rural y me adentré en aquel predio, siguiendo la pista del último de los coches que nos precedían.

Llegamos a un hermoso prado, del tamaño de una plaza, y vi que los tres coches se alineaban y paraban sus motores. Al fondo, una imponente arcada de corte florentino se dibujaba contra el azul del cielo sin otra utilidad aparente que no fuera llamar la atención. En el otro extremo del horizonte visual, surgía, rodeada de árboles, la estampa de una villa romana, que también podría haberse tomado por un convento castellano o una misión de California. Al estar tan fuera de su entorno natural, aquella severa mole con sus tejas rojas y piedras mediterráneas producía una sensación de irrealidad y dejaba a uno bastante perplejo.

Los ocupantes de los coches se dirigieron a la entrada del recinto, ocasión que aproveché para hacer como que venía con ellos y facilitarme el acceso. Pasaron los demás sin detenerse, traté de hacer lo mismo, pero alguien me detuvo con un gesto decidido, educado y casi obsequioso. Ese alguien era inglés y gustaba de parecerlo: foulard de seda al cuello, chaqueta de ante, zapatones brillantes, pañuelo en el bolsillo de la chaqueta. Me hizo pasar a la oficina junto al portón, me ofreció asiento y se sentó tras de la mesa de despacho. “¿Viene a hacerse socio protector?”. Una hoja de papel, a modo de diploma, me convirtió en *sponsor* de Caramoor, que abría sus puertas al público ese año por primera vez.

Desde la gran entrada, lo primero que se veía era un patio con aspecto de claustro, con columnas y pasillos en los cuatro lados. Era el *Spanish Courtyard*, donde se celebraban los conciertos de cámara en primavera y verano. En uno de los costados descansaba un piano de cola momentáneamente enfundado. En torno a este patio había muy diversas

habitaciones y salones principales. Cada una de ellas era un museo con muebles, cuadros, telas, relojes y cortinas traídos de Italia, Francia o España, conformes al espíritu de la mansión, que era fuertemente meridional. La excepción china, que algunos juzgaban discordante, no lo era tanto, si se recuerda la afición de reyes y aristócratas a contar con un *coin chinois*.

El comedor se componía de una larga mesa de madera oscura con un sinfín de sillas a cada lado y sobre las mismas un techo artesonado que mi cicerone inglés mostraba con insistencia. Todo el conjunto provenía de un palacio en Toledo. Hay minucias que se graban en la memoria y por eso recuerdo que las patas de los sillones a cada extremo tenían tres centímetros de más, costumbre, me dijo, europea de la época para encumbrar a los anfitriones.

Entre los dormitorios, uno guardaba una cama donde se decía que había pernoctado Napoleón. Otra habitación fue importada íntegramente, con la creencia de haber sido del papa Bonifacio VIII. Unas puertas elegantes se atribuían a la casa de los *Capuletti*, en Verona. Todo era así, un tanto surrealista, no en sentido peyorativo, sino queriendo decir que parecía soñado.

En la sala de música había un curioso artefacto, parecido a una radio de las antiguas. Era un instrumento musical. Bastaba ponerse enfrente y mover las manos como hacen los directores de orquesta. El ánima del cajoncito respondía (siempre que estuviese enchufado) a cada gesto con un sonido musical, semejante al violonchelo. Lo había inventado un ruso de vida compleja y errabunda. Experto en electrónica, tuvo tres esposas, la segunda en América y de etnia negra. Cuando estalló la Segunda Guerra mundial los rusos lo raptaron para que inventase todo lo que se le ocurriese. Se llamaba León

Termen. Un día pidió un escultor para que hiciera una talla de madera con el águila y el escudo de los Estados Unidos. El objeto fue colocado en la embajada americana como regalo de Rusia a un país amigo. Durante años estuvo transmitiendo conversaciones a los rusos. Finalmente, los americanos lo descubrieron e hicieron una película aprovechando lo novelesco de la historia.

Termen había caído en gracia a los Rosen en Nueva York, quienes lo protegieron con apoyo moral y con dinero. El teremín estaba allí porque la difunta señora de la casa se había distinguido como concertista de este instrumento en ciudades importantes y logrado que compositores escribiesen partituras para ella. Se llamaba Lucia Bilgelow antes de casarse con Walter Rosen y de tener dos hijos: Walter y Ann. Los Rosen perdieron a Walter en la Segunda Guerra mundial. Ann era la única superviviente y se la podía ver muy activa en Caramoor, ocupada en dar vida a la Fundación de sus padres.

Mi informador inglés me contó que el marido de Lucía, Walter Rosen fue un emigrante alemán, que arribó a Nueva York en los años veinte y se dio a conocer como abogado en un despacho relacionado con propiedades inmobiliarias. De ahí pasó a trabajar en un banco y convertirse en banquero y muy rico. Acumulaba más de lo que podía guardar en la casa de Nueva York. Necesitado de espacio, acudió a un antiguo socio para que le buscase una ganga residencial lo más grande posible y no muy lejos. El dedo se posó en Katohna. Walter acudió a ver la propiedad, cuyo dueño estaba casado con Caroline Moore, de donde viene lo de Caramoor.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

A Walter no le gustaron los edificios, pero la finca le pareció excelente, bien arbolada y luminosa. Tiraría las casas y construiría la villa de sus sueños, una mansión como algunas de las que había admirado en Florencia. A partir de la crisis financiera del 29, Walter empezó a ver aquellas paredes con ojos más comprensivos y Caramoor se salvó de la piqueta. Los sueños florentinos dieron fruto en el teatro de ópera al aire libre cuya silueta había advertido yo al llegar, sin adivinar su utilidad.

Era Lucia quien se empeñaba en invitar a músicos que disfrutaban de la generosidad hospitalaria de los Rosen. Entre ellos hubo algunos eminentes, como Artur Rubinstein y Bruno Walter. (En una visita posterior, me vi sentado al lado de un caballero con chaqueta blanca, que escuchaba tocar el piano a Alicia de Larrocha y cuyo rostro pertenecía a Leonard Bernstein). Algunos artistas venían a Caramoor en lugar de tener que pagarse una noche en Manhattan. A veces correspondían con un concierto exclusivo para personas tan interesantes como yo mismo.

De vuelta a Contentment Island me abstuve de comentar nada con mi coche, pero una vez llegados a Tokeneke, lo metí en el garaje y dándole unas palmaditas en el lomo, le dije que no se preocupase ya más.

Antes de acostarme, me entretuve pensando en Caramoor. El *Espíritu de la Contradicción* revoloteaba divertido por la parte alta de la Smith House, que era la antítesis de Caramoor. ¿Eran Meier y Rosen así de opuestos? Rosen murió antes de que Meier construyese nada, pero es fácil adivinar que la casa de sus sueños, esa mansión florentina que nunca llegó a construir, no se la hubiera confiado a Meier ni gratis.

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Rosen, como Goethe, soñaba con “ese país donde florece el limonero”. Meier, también como Goethe, parecía repetir: “Luz, más luz”. Y yo aquella noche me sentía entre ambos, tan incapaz de decidir como el asno de Buridan.





*Foto composición desde Los Palcos*

## Capítulo VIII

Cuando dije que yo no tenía nada mío, más que mis trajes y zapatos, se me olvidó que sí tenía una regla de cálculo y un libro. La regla de cálculo era cilíndrica, construida en forma de telescopio, y me la había regalado en Londres un viejecito de la empresa, que se apellidaba Ballard.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Era un objeto muy raro y nadie lo había visto antes. Tenía de ventaja sobre cualquier regla de cálculo convencional que las marcas se enroscaban en espiral en cada tramo del cilindro, de manera que equivalían a una regla diez veces más larga, lo que daba mayor precisión.

Yo la utilizaba para multiplicar y dividir. En 1971 aún no había calculadoras de bolsillo. Para sumar y restar tenía una especie de cajita que se accionaba con un pincho de metal, algo mayor que un palillo de dientes. ¿Para qué necesitaba yo la regla y la sumadora? ¿Por qué la recuerdo ahora, cincuenta años después?

Mejor contar la historia desde el principio, con su componente de *serendipity*.

Allá por los años treinta vivía en Nueva York un hijo de emigrantes suecos, de nombre Chester Carlson, que había logrado colocarse en una oficina de patentes, pese a no tener ninguna formación jurídica. Vivía con aprietos económicos, pero no perdía comba de lo que ocurría en la oficina y de cómo algunos se habían hecho ricos con sus inventos. Sabía algo de física, pero en la empresa se valoraba más el conocimiento de las leyes, por lo que decidió matricularse en la Universidad y logró la licenciatura en 1936, el mismo año en que nací yo.

Dice la tradición que un día, Chet (así le llamaba su mujer) se sintió intrigado por algo que había ocurrido en su cocina. Al limpiar, ella había frotado con fuerza una placa de metal adyacente a los fogones, él luego había dejado el periódico y ella algún cacharro encima del periódico. Al retirar el cacharro y el periódico, Chet notó que algunos polvos de la

tinta habían pasado del papel al metal y se habían quedado semi adheridos. Aquello parecía el negativo de una fotografía.

Otro distinto de Chet lo normal es que no hubiese reparado en aquel doméstico suceso. Pero en la mente de Chet quedaron grabadas las líneas del periódico por más tiempo que en la placa de la cocina. Durante varios días el recuerdo de la superficie impresa pugnaba por alumbrar un nuevo concepto de transmisión de imágenes. Sabía que él solo no era capaz de convertir aquello en un proceso patentable porque faltaba la mitad de la idea: ¿Cómo hacer que volviese la imagen de la placa al papel? Momento en el que entra en escena otro emigrante, casi recién llegado a Nueva York, un alemán huido de los nazis, de nombre Otto. Chet no podía dejar el trabajo, pero Otto no tenía nada que hacer. Con el dinero de Chet se pusieron a buscar una habitación barata que tuviese agua luz y gas, para poder funcionar como un laboratorio. Encontraron una en Astoria, Long Island, encima de un bar.

Se sabe que fue el veintidós de octubre de 1938, el día en que Otto llamó a Chet para mostrarle lo que era capaz de hacer. En lugar de la placa de la cocina Otto se había procurado una de zinc recubierta de azufre. Luego tomó un cristal de los que usan para observar objetos bajo el microscopio y escribió con tinta en el cristal: 10-22-38 ASTORIA. Después, Otto frotó con fuerza la plancha de zinc, cerró las ventanas y aplicó un fuerte haz de luz. A continuación, reabrió las ventanas, retiró el cristal y espolvoreó sobre la plancha de zinc polvo de licopodio. Los dos socios esperaron un par de segundos y soplaron sobre la placa; desapareció el polvo, y quedaron unas partículas que decían claramente: 10-22-38 ASTORIA. Finalmente, Otto sacó

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

de un cajón una hoja de papel impregnada de una fina capa de cera. La colocó sobre la placa de zinc, pasó una simple plancha caliente sobre el papel, y apareció la fecha grabada. Otto y Chet se abrazaron y bajaron al bar a celebrarlo.

Durante los seis meses siguientes Otto se dedicó a construir un prototipo que sirviese para demostrar el invento con los escasos medios que le pudo proporcionar Chet. Empezó la Segunda Guerra mundial, Chet despidió a Otto, y patentó el proceso a su nombre. Pasaron cuatro años. Chet seguía visitando empresas y no convencía a ninguna.

Hay una ciudad al norte de Nueva York donde la mayor parte de la población trabajaba en aquellos años para una sola empresa, que se dedicaba a la fotografía. En 1947 los laboratorios de la fundación Batelle habían concedido una subvención altruista al proceso de Chet, y éste creyó oportuno ofrecérselo a dicha empresa, pero su oferta fue rechazada. En la misma ciudad, la noticia llegó a conocimiento de una pequeña firma proveedora de película, que estaba al borde de la quiebra y que decidió apostar sus últimos recursos a la carta de Chet. Pensaron en hacer una cámara fotográfica que no precisase del papel filmado. Pero las limitaciones de enfoque hacían el intento casi inútil. Hasta que alguien pensó que el único objeto con dos dimensiones en lugar de tres era el papel y que la máquina podía servir para copiar documentos. No hacía falta enfocar, siempre que el documento se colocase en el mismo sitio y a una distancia correcta de la máquina.

Aquella idea cambió por completo el diseño del producto. En lugar del primitivo artefacto voluminoso y de aspecto variopinto, propio de un estudio fotográfico, se pensó en una consola compacta. Tardaron cinco años más en presentar el

resultado de la transformación. Casi todos los empleados se hicieron ricos. No tanto por los sueldos que cobraban como por comprar sistemáticamente las acciones que se iban emitiendo en cada ampliación de capital. Tanto dinero les llovió, que muchos pudieron dedicarse a crear sus propios negocios en actividades muy diversas, algunas tan diferentes como la escuela de modelos para alta costura de mi amigo Elmer Humes.

A partir de 1960, en aquella ciudad de Nueva York, llamada Rochester, no se trabajaba sólo para una empresa sino para dos: la de siempre: Kodak, y la nueva: Xerox. Al olor del dinero aparecieron gentes venidas de Europa y Asia, lo que llenaba de no poco orgullo a los nuevos empresarios. Los extranjeros pudieron comprobar que la patente de Chet estaba asegurada con siete sellos y que al menos durante los próximos 20 años no había otra opción que pactar con sus propietarios. Cuando yo llegué a Connecticut sólo quedaban cuatro para que se cumpliera el plazo. Chester Carlson había muerto poco antes.

Me di cuenta de que el azar me había puesto en una encrucijada tipo Ouspensky. En sentido estricto, mi trabajo consistía en estimar las previsiones de negocio en los siete años siguientes. En las oficinas, yo contaba con los servicios de potentes ordenadores IBM, instalados en salas acondicionadas. Se suponía que estaban allí para, entre otras cosas, saber qué podría pasar cuando el plazo fatídico llegase a su fin. Dicho de otro modo: alguien tenía que poner números a la cantidad de productos vendidos en régimen de libre competencia y resultaba que era yo mismo. Una extraña sensación se apoderó

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

de mí mientras contemplaba el cilindro regalado por el veterano Ballard. Lo raro de aquel objeto y el misterio de su interés en dármelo.

Las fichas perforadas, los listados, las ecuaciones, los supuestos macroeconómicos y las funciones de sensibilidad a precios salían de modelos matemáticos que yo diseñaba. Pero, en lugar de admitir el desafío, me limitaba a agregar los miles de datos resultantes de los planes que proponían los diversos Grupos, con correcciones a la baja. Aun así, la falta de un punto de discontinuidad eran incompatibles con la regla telescópica Otis King de Ballard y la humilde cajita de metal de sumar y restar.

Posiblemente, por un sentimiento parecido, mi jefe Joe Flavin decidió abandonar el barco.



*El edificio de las oficinas empezó a parecerme pequeño, y algo ridículo*

## Capítulo IX

Aparte del presidente, Archibaldo, que se limitaba a decidir, dominaban el pensamiento de la empresa tres personas. Desde el punto de vista técnico, prevalecían las admoniciones de un judío eslovaco muy inteligente, de nombre Paul Strassman, que se explayaba sobre el futuro tecnológico de las comunicaciones en el mundo de los negocios. Según Paul S. el

papel tenía los días contados. Nos encaminábamos a una “Sociedad sin papel” (*The Paperless Society*) y, para enfatizarlo, en su amplio despacho no había mesa ni papeles; sólo un ordenador personal primitivo y varias sillas. Paul S. abogaba por comprar empresas con patentes interesantes. Convenció al presidente para que invirtiese sumas ingentes en unos magníficos laboratorios en California, lugar ideal para estar al corriente de las últimas tendencias. Varios descubrimientos que luego fueron productos muy familiares en todo el mundo, como el fax, el ordenador personal y el “ratón” pasaron por aquellos laboratorios o fueron adquiridos, aunque Xerox no se supiera luego sacar partido y se dejaron escapar las ocasiones.

El negocio principal seguía siendo el de las copadoras, y quien llevaba la voz cantante era un vicepresidente que había trabajado en una empresa de multicopistas y cuyo mayor interés parecía consistir en apropiarse ese mercado, convencido como estaba del “efecto sustitución”. Teoría, por cierto, bastante miope, según la cual, por ejemplo, el número máximo posible de automóviles vendría definido por el universo estadístico de coches de caballos. Esta persona se llamaba Bill Souders. su mujer Barbara y ambos eran muy amables.

Finalmente, en la vertiente financiera se imponía la opinión de un joven reservado y ambicioso que había sido virrey de Xerox en Europa, y que retornaría a Connecticut con varias medallas por los excelentes resultados económicos. Su nombre: Paul Allaire y su fuerte: la capacidad para entenderse con los analistas financieros. De puertas para adentro Allaire se oponía a cualquier intento de reducir los precios.

La verdad es que yo no estaba de acuerdo con ninguno de los tres. No creía en la *sociedad sin papel* de Strassman, tampoco creía en el *efecto sustitución* de Souders y estaba en contra de la inmutabilidad de precios que Allaire defendía, basándome en que la demanda de copias era muy elástica, que nuestros precios eran ridículamente altos y que, al restringir el negocio, lo hacían vulnerable a largo plazo.

Mi primer nombramiento internacional fue, precisamente, como *Controller* de política de precios. Pero no llegué a tomar posesión de él, tal vez por mis ideas demasiado innovadoras. Se me confió la introducción de nuevos productos y la dirección del servicio técnico en Europa. Dos responsabilidades unidas temporalmente para hacer más atractivo el cargo. La vertiente técnica no me interesaba, la desconocía y no comprendo cómo pudieron encargarme de esta función. Pero el lanzamiento de nuevos productos volvió darme la oportunidad de insistir en la trazabilidad de los cambios de máquinas, y la importancia de un catálogo de productos sin resquicios para la competencia en cuanto a prestaciones, condiciones de contratación y precios.

Pasados dos años en Londres, Joe Flavin, presidente de la parte internacional de Xerox, me invitó a formar parte de su reducido equipo de colaboradores en Connecticut. De Joe Flavin. Admiré su forma de hacerse querer en lo personal sin ceder un ápice en lo profesional. Era curiosa su tenacidad en lograr que sus subordinados le presentásemos como propias propuestas que en realidad eran las suyas. Al cabo de unos meses, Flavin se mostró decepcionado con mi falta de agresividad, y también con la propia Xerox, a la que abandonó para intentar resucitar la conocida empresa de máquinas de

coser Singer que bajo su mandato se transformaría en aeroespacial.

Al cesar Flavin, la planificación internacional pasó a depender precisamente de Donald Pendery, a quien conocía de mi época en Londres.

Pendery tenía ideas propias si bien no mostraba excesivo interés en defenderlas, salvo en conversaciones sin trascendencia. Parecía darme a entender que el modo óptimo de desenvolverse en una multinacional no era muy distinto del que conviene si se es miembro de una orden religiosa. Decía que las conclusiones debían preceder a los razonamientos. *Sentence first, verdict afterwards*, como gritaba la Reina en la Alicia de Carroll. Algo similar, pensaba yo, oiría Casandra, la pitonisa, cuando vaticinaba la tragedia troyana.

Me escuchaba con atención, pero no parecía dar a la caducidad de la patente la misma importancia. A bordo de la nave empresarial, la orquesta seguía tocando y el barco no corregía su rumbo. Traté de empaparme en las teorías de Paul Strassmann, con la inminencia de la “Sociedad sin papeles”. ¿Había otra luz que yo no veía bien? Instintivamente, empecé a dudar de mis convicciones por lo conveniente de la duda.

Pero no era fácil. Una característica muy significativa de la falta de visión de Xerox era su devoción por el alquiler y su repugnancia y rechazo a la idea de vender máquinas. Tenía su lógica, pero era anacrónica. Si alguien inventase una máquina de fabricar perlas a partir de granos de arroz y con la ventaja de que no pudiesen distinguirse de la originales, haría muy bien en vender las perlas en lugar de la máquina. Siempre y cuando la

máquina estuviese patentada por un gestor con la experiencia y sabiduría de Chet y la patente no estuviese a punto de caducar.

Había además otra razón, menos evidente, que explicaba la predilección de Xerox por el alquiler. Las copiadoras, fabricadas en Rochester y en Inglaterra, eran demasiado caras puesto que se trataba de joyas. Y porque, al estar alquiladas, el coste de fabricación pasaba al activo de la Compañía, así que; cuanto más caras, mejor. Ergo, pensaba yo, cuando caducase la patente, la predilección por el alquiler dejaba de tener sentido y las fábricas de Rochester y Mitcheldean quedarían al descubierto, como rocas en marea baja.

Los analistas financieros externos se daban más cuenta de esta debilidad que a los directivos de la compañía. Las acciones empezaron a bajar de forma preocupante y luego casi en picado. Veteranos de la época de Chet dejaron de ser millonarios al no saber desprenderse de ellas a tiempo y pasaron a depender únicamente de su sueldo. Visto con la perspectiva de los años, uno casi comprende la debilidad de aquellos directivos ante la enormidad de los intereses creados.

Por una parte, estaba la magnífica concentración de jóvenes científicos en California, que despreciaban a las multinacionales, incluida su propia empresa. Ellos proporcionaban soluciones a problemas teóricos de electrónica mientras que en Nueva Inglaterra se creía que estaban generando productos en línea de continuidad con los existentes. La distancia sicológica era semejante a la geográfica entre Palo Alto y Connecticut.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

El segundo núcleo de intereses creados eran las fábricas de Monroe County, ligadas a los sindicatos y a los políticos de Nueva York. La brillante ejecutoria de los empresarios de Rochester desde el fin de la segunda guerra mundial, los hacía alérgicos a la autocritica.

Y el tercer grupo de resistencia al cambio era la excelente organización comercial. Cuando llegasen, si acaso llegaban, los productos personales y la electrónica doméstica, una fuerza de ventas al estilo de caballeros andantes tenía poca justificación.

En esas cavilaciones estaba yo, viviendo confortablemente en la Smith House, cuando el objeto misterioso de Meier consideró oportuno manifestarse. La pregunta que me hizo era sencilla: “¿No deberías exponer más fuertemente tus opiniones, arrojando las consecuencias?”.

Tras esta andanada del oráculo, me limité a hacer un amago de justificación preguntando: “¿Y cómo?”.

No hubo respuesta, entonces.



*Los gansos bañándose y el cristal reflejando la mesita blanca*

## Capítulo X

Los días siguientes a mi descubrimiento de la quilla llovió bastante. Y cuando dejó de llover, el viento ocupó el lugar de la lluvia en un intento claro de disuadirme. No lo lograron. Cada vez que entraba yo en el garaje no podía evitar la visión de la quilla, visión turbadora en extremo, y que tenía al poco agraciado garaje como testigo incomprensivo.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Finalmente, los elementos dejaron de interponerse entre la Smith House y el embarcadero y una mañana de sábado, con la quilla entre el brazo y la cadera, bajé a enfrentarme con el velero por segunda vez.

Estaba claro donde había que ponerla: en el medio. Una ranura en forma de vaina de espada era el sitio más apropiado y yo diría, mirando al resto del barco, que el único. Encajaba perfectamente. Así que se podía seguir adelante. Se podía regresar al garaje, coger el palo y la vela y continuar los preparativos con más confianza.

Un detalle podrá dar idea de la magnitud de mi aplomo. Tras haber aparejado el navío con tanta parsimonia, subí a la cocina y en una cajita de plástico introduje dos sándwiches, que había preparado la noche anterior y que, juntamente con dos latas de cerveza, fueron depositados en una esquina del barco.

Antes de salir miré a todos lados para asegurarme que no había nadie (y en especial la policía marítima, tan atenta) que presenciase mis movimientos. Repitiendo los de la vez anterior el barquito debería ponerse en marcha, pensé yo. Y pensé bien. Una sensación de gran bienestar vino a invadirme al comprobar que efectivamente aquello se movía con suavidad en dirección desconocida, pero constante. A un lado, dos islitas minúsculas se convirtieron en objetos a evitar, si bien yo nada hice por interferir en las intenciones de la embarcación.

Pasado el primer pasmo, creí poder dar mi opinión sobre el rumbo a seguir y moví la caña a un lado. La maniobra surtía efecto y el barco parecía obedecer sin reticencias. Ello me animó a insistir en mi idea de hacer algo digno de mi condición de patrón, pero esta vez el barco se negó completamente. La

vela se agitaba convulsa ante el evidente conflicto de pareceres y acabó tomando partido por el barco. Nos quedamos parados.

Daba la impresión de que el enfado podía durar eternamente, lo que me condenaba a un segundo rescate por parte de la policía del mar, pero no; la rabieta se les pasó enseguida y el barco y la vela se pusieron de acuerdo ellos solos en seguir navegando, siempre que yo me abstuviera de inmiscuirme en sus preferencias.

Así nos fuimos alejando, no podría decir por cuánto tiempo. Posiblemente no serían más de cuatro o cinco minutos. Sí recuerdo que al ver algo más pequeña la Smith House me acometió el temor de no saber cómo volver.

Mis renovados y tímidos atisbos de pilotaje con la caña produjeron el mismo penoso resultado: obediencia y más rapidez al principio y negativa rotunda inmediatamente después. El barco se comportaba como ciertos burros, que por alguna razón tienen aversión a un sitio y no hay quien les haga pasar por allí. Echan las patas para adelante y hay que resignarse.

Otra vez parados, pero ésta más lejos. La Smith House en la distancia aparecía como un lugar muy deseable por más motivos que de costumbre. Mi instinto me decía que, de seguir sujetando el cabo de la vela, nada iba a cambiar sustancialmente, por lo que decidí soltarlo y esperar acontecimientos. Pensé en la cajita de los sándwiches y las cervezas, piezas claves de un frugal almuerzo que debía infundirme sensación de normalidad, al menos mientras durasen.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

No fue necesario porque al acercarme a coger la bolsa tuve la maravillosa percepción de que el barco estaba girando.

Nada de sándwiches ni de cerveza. Esperar y observar. De seguir las cosas así, podía adivinarse que el barco se proponía darse la vuelta él sólo. Los barcos tienen su lógica, distinta de la nuestra; es cuestión de irse acostumbrando. Yo empecé a acostumbrarme en aquel momento. Y cuando la Smith House quedó delante de la proa como ciervo en la mira de un fusil, retomé el cabo suelto de la vela, así la caña y eché una mirada hacia arriba en busca de un poquito de complicidad.

El velerito se inclinó a sotavento y muy lentamente inició la vuelta al hogar, mientras (con la respiración algo contenida) no pude evitar una sonrisa nerviosa, que procuré no trascendiera, por si era mal interpretada.

De la misma forma que los pilotos perciben la pista de aterrizaje en dimensiones cada vez más coincidentes a como la ven los que están en tierra, así la casa se iba haciendo más grande a cada instante. Las dos islitas quedaron a un costado y el barco entró en la pequeña caleta. ¿Para qué estropearlo todo intentando un ataque de fortuna en el embarcadero? Mejor dejar que el navío siguiera hacia el medio de la playa, soltar el cabo un poco antes y esperar el ansiado golpe contra la arena.

Sano y salvo, por mis propios medios había ido y había vuelto y ahora sólo tenía que empujar el barco un poco contra el agua, y llevarlo de las riendas a su sitio de siempre, atarlo bien atado, enrollar la vela en torno al palo, recoger mi cajita de sándwiches, mis cervezas y subir a la Smith House a comerlos tranquilamente.



*Marj en el sofá original elegido por Meier, hoy reemplazado*

## Capítulo XI

A alguien le tenía que contar mi bautismo de agua (no el primero) y ese alguien fue mi amiga Marj, que vivía en un pueblo que se llamaba y se sigue llamando Mystic. El nombre le va bien, pero en realidad no tiene nada que ver con el misticismo. Es un nombre indio y, como pienso hablar de los indios en otro capítulo, aquí vuelvo a Marj.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Era difícil que Marj mostrase entusiasmo por nada. Me dijo por teléfono que enhorabuena por el paseo en barco y aprovechó para preguntar cuando pensaba ir por allí. Le sugerí que tal vez deseara darse una vuelta por el ancho mar y tomar unos sándwiches y unas cervezas con la seguridad de que iba a poder regresar a tierra. Pero ella cambió de conversación.

Marjorie prefería que la llamasen Marj. La había conocido en Londres, después de que mi mujer huyera a Copenhague, y, como una reserva de posible afecto, guardase su dirección de Connecticut.

Mystik es un pueblo mariner, de cazadores de ballenas y pescadores de bacalao. Viendo a Marj, era muy difícil imaginar que pudiese tener problema alguno. No lo tenía. Pero ella creía tener muchos. Lo de los problemas es algo subjetivo, ciertamente. Pensé que podía interesarle la novela de Ouspensky, pero preferí no dejarla el libro, recordando el pesimismo ontológico que destilan sus páginas.

En vista de que Marj no mostraba mucho interés, conté lo sucedido con el barco a Thérèse mi secretaria, quien escuchó con la atención de siempre y afán de saber qué le correspondía hacer a ella. En este caso comprendió que nada, excepto, quizás, dejar entrever un breve destello de admiración. Sugirió que me convendría recibir algunas clases de perfeccionamiento. Sin negarme del todo, di a entender que tenía vocación de autodidacta. Entonces me escribió en un papel el nombre de una librería en Westport donde podría encontrar un manual revelador.

Thérèse era muy lista y perspicaz. Dejó pasar unos días para preguntarme si había encontrado algún libro interesante.

Lo había hecho pero el libro era demasiado técnico y todo lo complicaba mucho, en mi opinión. Entonces Thérèse me habló de Beate Jensen, que trabajaba también en la empresa y era amiga suya.

Beate Jensen era, obviamente, de origen nórdico, y, como casi todos los suecos, sabía navegar a vela. La idea de Thérèse era que Beate fuese a la Smith House con un velero que podía poner en la baca de su Volvo, un *station wagon*. Lo del Volvo familiar fue determinante y quedamos en que *ainsi soit-il* el sábado siguiente.

Beate vino sola, con todo lo anterior. Algo más alta que yo, entre la pieza de arriba y de abajo de su bañador había un torso largo y esbelto, como los que pintan los modistos y uno cree imposible que existan en la realidad. Bajamos el velero del coche y lo portamos por encima de nuestras cabezas, como indios que llevasen una canoa, hasta dejarlo en la arena de la playa. Luego volvimos al coche, a por el mástil, vela, botavara y quilla.

B.J. tenía mucha paciencia y la sonrisa fácil. Primero se metió resueltamente en el agua arrastrando el velero, al que llamaba “laser”, tras de sí. Se sentó encima como al borde de una cama (los “laser” no tenían borda) y luego se giró para subir las piernas formando una especie de N invertida en que una punta fuera la cabeza y la otra los pies. Clavó la quilla cuando hubo profundidad y acto seguido desapareció como un rayo, saludando.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Yo me pasé la mano por la frente, respiré hondo, y repetí el saludo sin convencimiento. Aquella demostración resultaba desalentadora. Me dije que no merecía la pena.

Tres horas después, la pobre Beate estaba agotada, sentada en una roca, agitando la mano ya sin fuerzas. En cambio, yo no quería dejarlo, ahora que el “laser” me obedecía como un caballo domado y yo repetía una y otra vez las mismas viradas, para que Beate viera lo bien que me salían.

En un extremo de la playa, el velero de los Smith pretendía mostrarse ajeno a nuestra inusitada actividad. Me temí que en su foro interno estuviese maquinando algo poco amistoso. Había que no dejar que eso ocurriera. Di por terminadas mis lecciones con un casto beso en la frente de mi profesora. E inmediatamente le dije que me esperase un minuto mientras subía a la casa a por provisiones. La idea era tranquilizar al velerito de los Smith, llevando ella la caña mientras yo descorchaba la botella, y ofrecía a Beate unos sándwiches y un vaso de vino. Los mismos sándwiches y el mismo vino que Marj no había sabido aceptar.

Cuando estábamos ya bastante lejos de la Smith House pasó cerca de nosotros la lancha de la policía marítima, y los dos agentes nos saludaron atentamente. Como yo me sintiese algo aludido por tanto saludo, B.J. me tranquilizó diciendo que en el mar se saluda mucho y que los que no responden no son verdaderos marineros.

El lunes Térèse ya sabía todo sobre mi recién estrenada habilidad y se mostraba orgullosa. Releyendo el libro que compré por su indicación, algunas cosas empezaban a tener más sentido. Otras seguían siendo ininteligibles. Lo más difícil era

saber por qué las velas mueven los barcos. Como el libro estaba escrito para gente con prisa y pocos conocimientos de aerodinámica, me quedé con una explicación que no he vuelto a oír nunca y no sé si tiene algún fundamento.

Decía el libro: “Tómese en una mano una pastilla de jabón un poco gastada ya. Mójese en agua y a continuación hágase fuerza con la mano presionándola entre la palma y los dedos. Ambas fuerzas oprimirán la pobre pastilla, sin dejarla moverse, hasta que se escurre por donde menos se espera. También en los barcos, al sufrir la vela presión por ambas caras, la vela no sabe cómo reaccionar y acaba empujando el barco en un sentido que no parece tener en cuenta la dirección del viento que recibe”.

De todos modos, lo útil no era saber el por qué, sino el cómo. Algo hay en el movimiento del barco por la acción de las velas que nos acerca al vuelo de las aves o de los ángeles. Tal vez sea el silencio, o el silbido del aire o el rumor de las olas que asemeja un batir de alas. A diferencia del empujón por detrás que propinan las hélices, el impulso de las velas viene de arriba, viene del aire y toma al barco como un Polifemo que pusiera sus rudos dedos sobre una barquilla para hacerla moverse en el agua.

Cosas así iba yo pensando, cuando semanas más tarde me aventuré a llegar hasta las orillas del río Saugatuk. Conmigo llevaba el libro de rutas de la costa de Long Island, porque sus aguas son someras y conviene conocer las boyas que marcan las entradas y salidas.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Navegando ya por dentro del río, descubrí un embarcadero que se adentraba bastante en el agua, buscando profundidad, y terminaba en una especie de caseta de techo picudo, con barandillas a cada lado para ver los barcos pasar, y una escalerilla de unos doce peldaños para comunicarse con las embarcaciones. En la guía, el sitio estaba señalizado como *Pier Way landing* y me pareció que no causaba mal a nadie atracando frente a la escalerilla y subiendo a la caseta. De esa manera ponía un sentido finalista al paseo y podía decirme a la vuelta “He ido hasta Pier Way landing”.

Poco podía imaginar entonces que después de vivir en la Smith House, mi siguiente cobijo sería precisamente la Van Rensselaer House, con su embarcadero para salir a navegar y poder volver diciendo: “He ido hasta la Smith House”.



*Ella no pidió nada*

## Capítulo XII

La idea de mandar tres billetes de avión no sirvió de nada. En la primera visita a mis hijos pude averiguar que su madre los había canjeado por dinero para contribuir a los gastos de la comuna. No quería que me visitasen en América porque su abogada le aconsejaba que no lo hiciera, ya que las leyes americanas podían hacer que no pudiera reclamarlos, una vez en territorio estadounidense. Así que era yo quien acudía a

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

verlos en Dinamarca. Los recogía en la comuna y me los llevaba a comer en un restaurante, antes de adentrarnos en los parques. Observaba cómo iban creciendo y me impresionaba, sobre todo, el modo protector de Lars hacia el pequeño David. En aquellos encuentros yo sentía deseos de hablarles de la Smith House. Al igual que Richard Meier había diseñado un tobogán para Dagny, así también yo tenía claro que las habitaciones de la planta alta de la Smith House les correspondían a ellos. Pero como no estaba seguro de poder hacer ese sueño realidad, me contentaba con sentirnos felices mientras gozaba de su compañía y que al volver a la comuna hablasen solamente de lo bien que lo habían pasado conmigo.

En el viaje de vuelta a América me sumía en pensamientos sobre el origen de mi desventura, que yo situaba en un día concreto, antes de conocer a su madre. Una llamada telefónica a cierta ursulina había perturbado mi paz interior durante años. “Siento decirte que me caso”, fue lo que me contestó. Hasta ese momento yo había columbrado la convicción de que mi vida solo tenía algún sentido si el que se casaba con ella era yo y, por el contrario, se trataba de un error de la Naturaleza, si prefería a otro.

Después de siete años de aquel funesto aviso, ¿era la mía una vida vacua? No del todo. Cada acontecimiento, bueno o malo, se encadenaba al siguiente, también bueno o malo, de manera que, si eliminaba los malos, también desaparecían los buenos. Como en la extraña vida de Iván Osokin, sin los desdenes de la ingrata no habría Lars, ni habría David, ni yo estaría viviendo en la Smith House.

Si...pero.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

La extraña pieza que Meier había colocado en la repisa de la chimenea, como adorno compensatorio de tanta blancura me intrigaba con su aspecto inquisitivo. ¿De dónde la habría sacado? Parecía africana, como recuerdo de un viaje. Yo la consideraba un objeto de culto, una representación de la semilla, siempre impura, de la belleza que la rodeaba. También podía ser un oráculo como los bronceos indios de la casa del mago ruso. “Todo puede hacerse retroceder, pero de nada servirá”.

Retroceder...recordaba mi excitación al subir al piso donde vivía la ursulina en 1952, llamar al timbre y encontrarme con su madre sin saber qué decirle. Me sonrió, me dio una foto de su hija y me acompañó suavemente a la puerta. Los tres billetes inútiles ofrecían curiosas semejanzas con aquella fotografía.

El oráculo de la Smith House era menos pesimista que el mago ruso. “Todo puede hacerse retroceder, me dijo, y el azar decide unas veces a favor y otras en contra, pero nunca es lo mismo”. Su respuesta me alertó. Tal vez había que volver al punto decisivo de mi vida anterior y situarme allí de nuevo, de manera que el azar pudiera encontrar la oportunidad de intervenir.

Casi veinte años más tarde volví al piso y volví a ver a su madre. Me dijo que el matrimonio no iba bien. Supe algunas cosas de su hija, entre ellas que acudiría a un congreso de farmacéuticos en Tel Aviv.

De vuelta a la Smith House, el oráculo no parecía darse por aludido. Mientras unos leños se consumían de forma fatua

bajo su peana me atreví a insinuarle que Ouspensky tenía bastante razón “Todo puede hacerse retroceder, pero de nada servirá”.

“Tal vez deberías sacar otro billete” fue su contestación.

.....

Aterrizó el avión en Tel Aviv y entraron en la cabina varios soldados que procedieron a pedir documentos antes de autorizar el desembarco. Pedí al taxista que me llevase a un hotel céntrico. El congreso estaba en su tercer día. Allí me informaron del hotel donde se alojaban los españoles. Acudí al punto y entablé conversación con el conserje. Efectivamente ella dormía allí, pero pasaba todo el día ausente. Al parecer bien acompañada por un catedrático de la Universidad de Tel Aviv, que la recogía y devolvía al hotel. En la habitación del mío medité sobre lo ilusorio de mis impulsos cada vez que intentaba un acercamiento. Quedaba el consuelo de presentarme ante ella, decirle la verdad y despedirme.

A la hora del desayuno del día siguiente aparecí en el comedor de su hotel. Le conté por qué estaba allí, sin rodeos. “Lo siento, pero hoy viene un profesor a buscarme”. “¿Y no puedes dejarlo?” “Va a enseñarme la ciudad y estoy invitada a su casa” “Voy con vosotros, di que soy tu hermano” Su mirada me recordó la de su madre, veinte años antes.

Él hablaba mientras conducía un Volkswagen escarabajo, amarillo; ella miraba mucho por la ventanilla de la derecha y yo iba detrás, un poco echado hacia adelante para verla de perfil.

La casa del catedrático era de una sola planta, a las afueras. Tenía una terraza cubierta, a ras de suelo, con una mesa y sillas donde sin duda íbamos a comer, protegidos

simbólicamente por un pasamanos a modo de baranda. Su mujer estaba de mal humor, en parte por tener un invitado inesperado y en parte por tener una invitada indeseada.

Se levantó para ir a la cocina y un minuto después yo hice lo mismo para evitar la sensación de estar sobrando afuera y para, una vez dentro, intentar liberar a la esposa de su “mal cuerpo”. Fue un acto instintivo y los dos sentimos que habíamos puesto un punto de acidez en la dulzura del momento que vivían los otros dos.

Hechas las compensaciones, el almuerzo fue agradable para todos. La sobremesa, sin embargo, parecía el acto tercero de una comedia a la que faltaba el cuarto para saber cómo iba a terminar. Se suponía que el profesor devolvería los dos hermanos a su hotel. Pero, a mí, ese final me resultaba inaceptable y, sin pensar lo que hacía, me levanté de pronto mirando mi reloj y dije en español: “Nos tenemos que ir”. Los anfitriones se volvieron hacia ella, extrañados, buscando traducción. La cogí de la mano repitiendo “Nos tenemos que ir, vámonos o llegaremos tarde”.

No recuerdo cómo, yo iba conduciendo un coche alquilado y ella me miraba divertida. Aquello, parece ser, le hacía mucha gracia. No paraba de reír por cualquier cosa. Yo, que había empezado sin ver el lado cómico, empecé a contagiarme. “¿A dónde vamos?” me preguntó. “No sé” contesté, “Creo que al lago Tiberíades, donde los milagros”. Sonrisa. “O al monte Carmelo, por la noche oscura del alma”. Silencio.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

En el lago nos encontramos con españoles del Congreso, que hacían turismo y nos escabullimos de su mirada...suponíamos que la habrían echado de menos en las reuniones. Luego coincidimos también en Jerusalén, en Haifa, en Jericó, en el Mar Muerto y en Belén. Verlos tan obedientes, mientras escuchaban, nos producía hilaridad porque imaginábamos que algunos estarían comentando la extraña desaparición de la farmacéutica favorecida por el catedrático. Frente al muro de las Lamentaciones me atreví a escribir en un papel una sugerencia para mi futuro. Ella no quiso pedir nada.

Días más tarde estábamos en Roma, en un apartamento cuyas llaves, mi amigo de Rank Xerox, Luigi Pellegrini, había accedido a prestarme, emulando a Jack Lemon. Llovía estrepitosamente en la vecina Piazza del Popolo. *Too much rain falling*; había anticipado Carole King en 1968. *Non scordarti di me*; repetía Iva Zanichi, a la vuelta de Israel.

A mi regreso de aquel éxodo, corto y tan largo, el oráculo de Meier me observaba atentamente. ¿Qué tal? parecía inquirir, aunque no necesitaba respuesta. ¿Qué tal? pregunté yo, algo cohibido. La extraña figura parecía mirar hacia arriba y volví la cabeza. ¿Vuelves solo? Cerré los ojos.

La imagen de Lars, con su brazo alrededor del hombro de su hermano, protegiéndolo, se interpuso e hizo esfumarse la visión.



*El Buen Espíritu de la Contradicción, vigilante*

## Capítulo XIII

Tumbado en la arena de la playa de la Smith House me vino a la mente el nombre indio de la diminuta isla donde vivía yo: Tokeneke. Y luego, como las uvas de un racimo, surgían otros que seguían vivos en los carteles de las carreteras y *turnpykes*, tales como Mamaroneck, Saugatuck, Massachusetts,

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Connecticut, Narraganset, Mystik, Niantic, Cockenoes, Katonah, Naugatuck, Shippan...

Mirando al cielo de Tokeneke, se me ocurrió pensar que allí mismo, trescientos años antes, pudo muy bien estar tan horizontal como yo y viendo las mismas rocas y árboles parecidos, un indio pacífico y soñador. Un indio de piel algo rojiza que perteneciese a la tribu de los Kinipiac o de los Munsis. Tal vez el mismo Tokeneke, aquel recordado jefe o *sachem* de origen incierto.

Nadie lo puede saber ya. Tampoco está claro por qué el Darien de Connecticut se llamó Darien. Se sabe quién eligió el nombre: un tal Tadeo Bell. Tadeo se hizo querer de sus vecinos al lograr en 1820 que la localidad se independizase del dominio de Stamford. La liga de mujeres agradecidas propuso que el nuevo municipio se llamase Bell. No quiso la modestia del benefactor aceptar el honor y sugirió el nombre de Darien en recuerdo de alguna experiencia agradable que debió tener en aquel lugar del istmo de Panamá. Desde entonces la versión oficial es que el nombre Darien se eligió simplemente porque “sonaba bien”. Habría sido más elegante y justo dejar que todo el distrito y no sólo las islitas, se llamase Tokeneke, aunque fuese por sinécdoque.

Volviendo al indio que imaginé en la playa de la Smith House, su presencia allí sería más probable en la estación calurosa que en los fríos inviernos de Konecutat. Los indígenas eran migratorios, como mis amigos los gansos, que acudían a la costa a veranear y se internaban en los bosques cuando llegaban las nieves.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

La nación Metabiac no eran la única en el país del “Rio Largo”, significado de Konecutat. Compartía territorio con los Pequot, los Masachusetts, los Narragansett, los Mohicanos y otros.

Se suele clasificar a los pueblos primitivos según sean agricultores o cazadores. Los Kinipiac eran agricultores en verano y cazadores en invierno. Como agricultores demostraban pericia y experiencia de siglos. No sólo labraban, sino que también abonaban las tierras con residuos de pescado. Cultivaban sobre todo maíz, pero también alcachofas, habas, calabazas y tabaco.

Las mujeres podían ocuparse del campo, menos del tabaco estaba reservado a los hombres. Para no tener que andar escardando, sembraban las habas junto a las cañas de maíz que se enrollaban en sus troncos y así superaban las malas hierbas. Del maíz sabían hacer pan y mezclaban su harina con nueces y avellanas. De postre tomaban frambuesas y moras. En verano el plato principal era el pescado, unas veces de río, como el salmón, y otras de mar, como la lubina porque sabían hacer canoas de troncos de árbol y conocían el uso de redes.

En invierno recurrían a cepos como la manera más sencilla de cazar, aunque también usaban arcos y flechas. Sus presas consistían en ciervos, alces, conejos, ardillas, mapaches, castores y nutrias. Vestían con las pieles de lo que cazaban. También usaban los cueros para separar espacios y hacer más confortables las viviendas.

Las casas de los Kinipiac eran redondas. Su manera de construirlas era ir poniendo unas estacas verticales siguiendo la

forma de un círculo, y cuando ya estaba formada la empalizada fijaban en lo alto de las paredes unos troncos flexibles y los hacían doblarse formando una bóveda central. Cuando el techo ya estaba bien asegurado, procedían a recortar un hueco en el punto más alto que servía de salida a los humos de la chimenea de la cocina, donde asaban.

En fin, tenían un modo de vida tranquilo y no exento de diversiones y pequeños lujos. Conocían el cobre y gustaban de adornarse. Su moneda consistía en conchas de mar especialmente elegidas, cuyo valor como accesorio de belleza era muy apreciado.

Antes de la llegada del hombre blanco, los indios de Konetucat sólo temían de verdad al gigante Mauschop. Esta figura terrorífica era el culpable de las desgracias y las enfermedades. Menos mal que para hacer frente a Mauschop había otro gigante, este bondadoso, al que llamaban Jobomock. Todo lo bueno provenía de Jobomock: era él quien les había enseñado las artes de pescar y los utensilios para la labranza.

Los Kinipiacs tenían una casta sacerdotal formada por guerreros más valientes que el resto, y que recibían su complemento de valor directamente del espíritu “Atronador”. Los llamaban “Servidores del Trueno”.

Mientras el indio de Tokeneke acudía a bañarse con sus padres a la misma playa donde yo lo imaginaba, una pareja de ingleses y su hijo navegaba rumbo a Holanda, huida de la justicia. Dicen sus descendientes, sin probarlo, que por haber participado en el complot del marqués de Essex para derribar a la Reina. Más probable es que fuera por haber criticado, como tantos puritanos, la corrupción de la Iglesia de Inglaterra.

Murió el padre en Holanda y el hijo se casó con una holandesa que se llamaba Heylken, o sea: Helena. Cuando llegaron como emigrantes a América en 1629, Helena todavía no sabía hablar inglés. El marido, que se llamaba John, de apellido Underhill, encontró empleo como instructor de milicias, debido a que había aprendido algo de las artes militares cuando intentó alistarse en el ejército de Guillermo de Orange, sin lograr pasar de cadete. Su trabajo en Nuevo Ámsterdam consistía en capturar bandidos o ladrones huidos. Nueva Inglaterra estaba entonces siendo ocupada por colonos ingleses y por colonos holandeses. Underhill se sentía medio inglés medio holandés, lo que le permitía traicionar a unos y a otros, sin traicionarse a sí mismo.

Casi al mismo tiempo otro puritano inglés, llamado Thomas Hooker fue procesado en Inglaterra por sus sermones intolerantes y llamado a declarar a un tribunal de la Corte. En lugar de acudir a la cita escapó a Rotterdam. En aquel puerto, se acercó a la fragata *Griffin* y tomó un pasaje sin retorno para América.

Hooker consiguió establecerse como pastor de una parroquia de la Colonia de la Bahía de Massachusetts. Pero sus opiniones le hacían incompatible con el reglamento de la Colonia. Uno de los jueces más influyentes, John Cotton, le puso decididamente la proa y Thomas Hooker consideró prudente retirarse a otra zona, no sin llevarse consigo un colectivo de fieles con todas sus pertenencias.

En 1636, Thomas Hooker y sus cien discípulos fundaron la Colonia de Connecticut en un punto del mapa que decidieron

llamar Hartford, a sugerencia de Samuel Stone, cura compañero y oriundo del Hartford inglés.

Un inconveniente para los recién llegados era la presencia de indígenas que se creían con derecho a seguir viviendo en aquellas tierras.

Ese mismo año de 1636 un barco mercante había tenido dificultades a la entrada de Long Island y al observarlo desde la costa, unos indios abordaron el barco y mataron a toda la tripulación. Salió de Hartford una expedición de castigo que se ensañó con otra tribu que nada tenía que ver con los culpables, excepto haberlos dado asilo. En represalia, una partida de Pequots decidió tomarse la justicia por su cuenta y atacó un campamento de blancos en el río Connecticut, matando a seis colonos y tres mujeres.

Aparece entonces en la Historia la figura de John Mason, otro emigrante, que había llegado tres años antes desde Inglaterra. Al igual que John Underhill, supo poner en valor sus conocimientos tácticos ante los congregados de las Colonias, quienes se servían de ellos como reclutadores de milicianos y jefes en operaciones de castigo.

En mayo de 1637, la Asamblea de Hartford encargó a John Mason y a John Underhill el exterminio de los indios de Connecticut. En Hartford los puritanos entonaban himnos religiosos de acción de gracias. Huyendo de sus perseguidores los Pequots se refugiaron en las tierras cenagosas de Sasco, donde fueron rodeados y eliminados, como proclama una lápida orgullosa. Aquella persecución terminó en septiembre de 1638 con el edicto de Hartford por el cual los indios supervivientes

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

eran expulsados de Connecticut y debían emigrar a otros Estados en un plazo de un mes.

A partir de entonces Connecticut se tornó tan blanca y anglosajona como las casas de Meier. Tumbado en la arena de la playa, sentí revolotear al *Espíritu de la Contradicción* representándome el éxodo de los indios Pequot y Mohicanos. Una nueva culpabilidad se instalaba en mi receptáculo de reproches.





*El paisaje se metía dentro de la casa*

## Capítulo XIV

Tendrían que pasar tres años de comodidad, con un *minus* de mala conciencia, antes de que me decidiera a dar el paso.

Entre las subsidiarias que acudían a presentar sus planes, se encontraba Fuji Xerox, una sociedad japonesa creada juntamente por el gigante nipón de la fotografía Fuji Photo. Lo

hacía como parte del grupo internacional, cumpliendo caballeramente las directrices y supuestos macroeconómicos fijados por mí, aunque dependía más de Fuji que de Xerox, y sólo le interesaba participar en aquellas sesiones para conocer nuestra opinión y los planes de Xerox. El equipo encargado de hacer la presentación nipona lo encabezaba siempre el mismo joven ejecutivo, emparentado con los principales accionistas de su país, de nombre Tony (Yotaro) Kobayashi.

Tony era afable, serio y hablaba lentamente. Vigilaba a los presentadores del plan y adivinaba pensamientos. Tal vez por ello me atreví a pedirle algo que no debió cogerlo por sorpresa. Le dije, “Tony amigo, ¿Tú crees que podrías averiguar los planes de fabricación de las empresas (y aquí sus nombres japoneses) y mandármelos por correo?”

Me dijo que sí de la forma que dicen que sí los japoneses, significando solamente que han entendido tu petición. Pasaron meses y no recibí nada de Tony, lo cual achaqué a un comprensible patriotismo. Así hasta el año siguiente, en que volvió a presentarse en Stamford. Los japoneses en general temen ser vistos en falta o descuido, por lo que en aquella ocasión Tony estaba más amable que nunca, dirigió la presentación del plan con los cuatro o cinco ejecutivos que le acompañaban y al terminar se acercó a mí con un paquete bastante grueso. Me lo entregó con una sonrisa y añadió: “Luis, estos datos son públicos. Puedes utilizarlos como gustes”. Pensé que si eran públicos no serían muy interesantes, pero le agradecí el haberse acordado.

Ya en mi despacho, vi que el sobre contenía unos listados del Ministerio de Industria y Tecnología (el famoso MITI) donde aparecían con pelos y señales las previsiones de cada una

de las empresas preocupantes, incluida la proyección en metros cuadrados de nuevas plantas. Lógicamente no venían cantidades de productos, pero se podría establecer una relación entre metros cuadrados y volumen de producción, simplemente utilizando nuestros propios baremos y porcentajes.

Aquellos documentos me dieron el plus de fuerza que necesitaba para salir de mi ostracismo adivinatorio y responder, aunque con retraso, a las mudas reconvenciones del oráculo. A mi mente vino el recuerdo de aquella ocasión en que le pregunté cómo podía yo sólo sacar a relucir el *issue* del fin de la patente. En la intimidad de la Smith House, con los listados de Kobayashi encima de la mesa de cristal, volví a hacer la misma pregunta: “¿Y cómo?”

“Dí a Pendery que quieres hacer una presentación” fue la respuesta.

.....

Permanece en mi mente la mañana soleada en que me vi ante un auditorio bastante numeroso que había sido convocado para escuchar algo que yo tenía que decir. Entre los asistentes estaba William Souders, quien entonces ejercía la máxima autoridad operativa, y de quien ya dijimos sus preferencias por *grandes* máquinas, vendidas a *grandes* empresas, y a cambio de *grandes* facturas.

Todo lo contrario de lo que iba a oír. La presentación, como todas, suponía una oportunidad para el que hablaba, pero también un riesgo. Evité conceptos económicos como la elasticidad de la demanda y la importancia de los costes de producción, lo cual ante ingenieros y matemáticos era

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

descender a zonas de la mente donde reinaban la opinión y los prejuicios. Preferí utilizar terminología militar, como si estuviese hablando a generales y personas del servicio de inteligencia. A pesar de la penumbra, con la luz que se derramaba desde la pantalla pude ver caras que reflejaban una dosis perceptible de pasmo.

Me serví de los documentos de Tony Kobayashi con las previsiones sobre las fábricas que se estaban construyendo en Japón, mostrando en pantalla los sellos de autenticidad. Pasé de los metros cuadrados a las estimaciones con respecto al número de máquinas que saldrían de allí, al mes, al año, al quinquenio y en adelante. Lo negativo del impacto de los productos orientales en nuestros mercados se apreciaba a partir del quinto año, durante los diez siguientes.

A continuación, expuse mi opinión sobre cómo ocurriría. Las máquinas serían instaladas en lugares marginales de grandes clientes. Esas instalaciones, aparentemente inocuas, serían el virus que lentamente iría drenando la base de nuestro negocio. Sugería yo que la mejor estrategia contra un virus era vacunarse con ese mismo virus, y terminaba diciendo que no se precisaban grandes cambios. Bastaba con aprovechar la vía Fuji Xerox, y fabricar masivamente en Japón. Había que conseguir que, cuando los competidores ofreciesen productos pequeños, sencillos, fiables y baratos a nuestros clientes, dicha opción estuviera en nuestro catálogo y en igualdad de condiciones.

Puede advertirse mi incapacidad de evitar el silogismo; a) premisa principal: los listados japoneses; b) premisa secundaria: el virus en clientes y c) conclusión (al final): la vacuna con anticuerpos.

La propuesta no podía ser más incómoda, porque los japoneses seguían siendo vistos con recelo. Lo de Pearl Harbor no estaba completamente olvidado. Los ojos de algunos de los oyentes miraban de soslayo a Bill Souders, con el fin de adaptarse a su reacción. Bill no solía dejar entrever sus pensamientos durante una presentación. Pero debió juzgar el asunto lo suficientemente serio como para que no cupiera duda alguna. Mientras yo hablaba, él negaba con la cabeza. A la salida oí a algunos decir algo displicente sobre los “japs”, así, en general.

La presentación había fracasado. A partir de entonces mi reputación en la empresa se nubló con un tamiz anodino, que conducía a la indiferencia y el olvido. También recuerdo que, en contra de lo que cabía esperar, me sentía liberado y contento. Aunque hubiese tardado en decidirme, por fin, había dicho lo que pensaba y de la mejor manera posible. A lo Carole King: *‘cause I’m doing the best I can.*



*Vivir en la Smith House de Richard Meier*



*Unos directivos de Olivetti querían ver la casa y me llamarían*

## Capítulo XV

Las fotos pobladas con amigas están puestas en estas páginas para asegurarme de que efectivamente estuve allí. Fotos de la Smith House a secas hay multitud y es fácil el acceso a ellas. Éstas son diferentes. Marj está subida en el sofá blanco y colgada de la pared aparece visible una de las piezas

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

de adorno que seleccionó Richard Meier. Bárbara está fumando junto a la chimenea ya encendida.

No siempre estuve en perfectas condiciones allí dentro. Una vez entré en una farmacia a comprar algo para el catarro. En una esquina había una estantería con unos frasquitos de muchos colores que parecían contener mermeladas. Ya más cerca del muestrario vi que cada color tenía su razón de ser porque eran vitaminas y no todas iguales.

De un extremo de la repisa más alta colgaba un librito que explicaba las ventajas de cada vitamina. Lo leí con gran atención porque, menos una, todas las demás estaban fabricadas pensando en mí. Solo la que decía mejorar la función óptica me pareció innecesaria. En lo que respecta a huesos, piel, nervios, sangre, uñas, grasa, cabello, fuerza muscular, y demás atributos...todo lo mío era mejorable. Me felicité por la suerte de haber encontrado aquel arsenal y me compré todos los frascos.

Era difícil establecer el orden de consumo. Me parecían igual de interesantes, en especial el que afectaba a la permanencia del cabello. Incapaz de decidir una secuencia, opté por tragarme todas las pastillas de una sola vez.

Fue muy contraproducente. Estuve en cama un par de días. No era posible encontrar un nombre adecuado para tal dolencia sin tener que explicar a Thérèse mi error por teléfono. De manera que no tuve más remedio que decir la verdad. Y no llamé a nadie para que me hiciese algo de compañía. No lo hice y me curé yo solo en aquella preciosa casa, lo cual podría, tal vez, ser indicio de que no había perdido la esperanza de ver a Lene sentada algún día en el sofá blanco.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Habrían pasado cinco o seis meses de mi llegada a la Smith House cuando recibí una llamada telefónica de Smith, mi casero. Después de preguntarme cómo estaba yo, me pidió que atendiera a unos clientes de Richard Meier, que querían ver la casa y que me llamarían ese mismo día.

Yo imaginaba que vendría una pareja...o tal vez una pareja y algunos niños. A la hora prevista llegó un coche con cuatro hombres vestidos de oscuro y aspecto de inspectores de hacienda o algo aún más intimidante. Eran ejecutivos de Olivetti, no muy habladores. ¿Estarían buscando casa para alguien importante de la empresa? Pensé que, si no preguntaban nada, lo mejor era dejarles merodear y esperar a que se fueran. Antes de despedirme y con el fin de romper un poco el hielo les pregunté si Olivetti estaba preparando alguna calculadora electrónica. Debí dar en el clavo porque sus rostros se relajaron bastante y me dijeron que efectivamente ya habían presentado una en Italia y pronto saldrían más.

Luego se me olvidó la visita hasta que años después me enteré de que Meier había diseñado un edificio de dormitorios para alumnos de un Centro de Entrenamiento de Olivetti en Nueva York. Olivetti, como empresa italiana, daba al diseño más importancia de lo que era entonces habitual en las multinacionales. Su centro de entrenamiento en Europa lo confió al conocido arquitecto inglés James Stirling. Tanto Stirling como Meier son premios Pritzker de arquitectura.

Creo que Meier influyó en el gusto de las multinacionales por edificios de mérito. En cierto modo, la contribución de los cuarteles generales de negocios al progreso de la arquitectura, tanto en diseño como en materiales, tiene algo en común con el

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

impulso histórico que supuso la erección de mezquitas, monasterios y catedrales. También los autores de palacios y museos fueron patrocinados por reyes y nobles.

Lo que, en mi opinión, distingue a este arquitecto de Nueva Jersey es la circunstancia de que su obra más perfecta, la que la da la fama y define un estilo mil veces imitado, no son sus grandes oficinas, museos, y palacios de oligarcas, sino la solitaria casa de *Contentment Island*.



*Salió y ya no volvió más, ni siquiera a recoger sus cosas*

## Capítulo XVI

Después del episodio del capítulo XIV, a alguien puede ocurrírsele preguntar cómo le fue a Xerox y a cada uno de los personajes mencionados.

Pues la empresa siguió con su estrategia aristocrática, desdeñando los productos de uso individual y ajena al

espectacular desarrollo de los domésticos. Siguió fabricando en países como Estados Unidos, Inglaterra y Holanda hasta hace pocos años, en que se dignó empezar a producir en China los elementos consumibles.

Para contrarrestar los elevados costes de I+D se impusieron medidas de austeridad. Como era de prever, no sólo se aligeró la nave de carga innecesaria, sino que en algunos puertos se quedó lo mejor de la marinería. La factoría de ideas de California continuaba proporcionando inventos sensacionales, como la impresión por *láser*, o el sistema de ventanas, que daría lugar a Windows, y a Word, y la integración de sus hallazgos en ordenadores personales. Pero la comunicación entre ambas costas dentro de la empresa seguía siendo un diálogo de sordos, en el que los ganadores fueron los investigadores, quienes, una vez desarrolladas las tecnologías con los copiosos fondos de Xerox, emigraban a otras empresas más despiertas y ágiles.

Los japoneses vendieron muchas más copadoras de las que yo había pronosticado en aquella presentación sin que por ello Xerox modificase su política de productos caros para espacios de gran consumo propugnada por Bill Souders. La *Sociedad sin Papel* profetizada por Paul Strassman en 1965, llegó por fin en los años 90, hizo un pacto de no agresión con la *Sociedad con Papel* y ambas pasaron de largo frente a las puertas entreabiertas de Xerox.

En cuanto a las personas:

Paul Strassman influyó para que Xerox invirtiese millones en adquirir la empresa con los ordenadores más potentes del mundo, para luego tener que venderla a un precio mucho

menor. Las divergencias con otros directivos lo llevaron a pedir una jubilación anticipada. Escribió un libro contando sus experiencias, donde comenta casi como espectador decisiones en las que tuvo un papel no tan pasivo. Hoy es un autor de éxito, entre cuyos libros se encuentra *The Computers nobody wanted. My years at Xerox (2009)* y otro más autobiográfico donde narra su odisea para escapar de los nazis.

Bill Souders, que esperaba llegar a serlo de Xerox, se fue de presidente a una compañía de transporte de mercancías.

Archie Mccardell (Archibald) consciente de que los mejores tiempos de Xerox habían pasado, aceptó ser presidente de una empresa constructora de camiones que estaba en dificultades por lo elevado de los costes de producción, a cambio de unos honorarios superlativos. Impuso medidas correctoras impopulares y los empleados fueron a la huelga que pedían sus sindicatos. La pugna duró meses y meses, hasta que el daño fue tan excesivo que la empresa dejó de existir.

Paul Allaire supo mantenerse incólume en varias “reorganizaciones”, contemplar la partida de algunos directivos, para finalmente tomar el control absoluto de la empresa. Ya como presidente, no fue capaz de detener la decadencia. En un esfuerzo por hacer parecer que la situación no era tan grave como pensaban los analistas financieros, no tuvo reparo en dar por buenos algunos ingresos dudosos. Acuerdos entre abogados en los pasillos de los juzgados se saldaron con multas millonarias de la SEC, que el Consejo accedió financiar, para tranquilidad de Paul y otros cinco consejeros.

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Tony Kobayashi asumió la Dirección General de Fuji Xerox, una promoción que muchos dábamos por descontada.

He dejado para el final a Donald Pendery.

Todos los años Don y Joyce me felicitaban en Navidad con una carta en lugar de tarjeta, también después de volver a Europa. Desde 1977 sabía por ellos cómo iban las cosas en Stamford, las actividades de Joyce en la Universidad y lo agradable de sus viajes a París y a Florencia. Guardo una en que, sin venir muy a cuento, Don alababa mi comportamiento y forma de entender la planificación. En 1983 dejé de tener noticias suyas. Luego supe por qué.

Yo me había ido de América convencido de que Pendery no iba a mantener mis ideas si no eran apreciadas. Lo imaginaba caminando apaciblemente hacia una generosa jubilación en la amable tierra de Connecticut. Por eso, mi asombro fue mayúsculo, cuando, leyendo el libro de Paul Strassman *Paul's Odyssey: America 1945-1985*, me topé con el párrafo siguiente, en la página 286:

*Hacia 1982, desvió su atención de la Oficina del Futuro, porque ya era una causa perdida. Vio cómo Xerox estaba sufriendo una hemorragia de liquidez y perdiendo posición en el mercado de su negocio fundamental, las copadoras. Empezó a defender un giro sustancial en el uso de los recursos, detrayéndolos del ruinoso Grupo de Sistemas de la Información en favor del languideciente negocio de las copadoras.*

*Fue en 1983 cuando almorcé con Pendery. Venía de una reunión con David Kearns, ahora consejero*

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

*delegado. El veredicto de Pendery era que Kearns era una maravillosa persona, pero con la mentalidad a corto plazo de un gerente de sucursal de IBM. Kearns confiaba en mejorar la ejecución de los programas de marketing, mientras que Pendery pedía insistentemente reparar el barco que ahora se estaba hundiendo.*

*Pasado un breve tiempo, Pendery se dirigió a Kearns para volver a plantear su caso. No sé lo que ocurrió, pero Pendery dimitió en el acto. No volvió a su despacho, sino que salió del edificio de las Oficinas Centrales para no regresar jamás. Ni siquiera a recoger sus pertenencias.*

*Poco después murió en extrañas circunstancias.*

Cuando pienso en el fatalismo ruso del libro que me dejó *Esmeralda*, siento no haber podido estar con Pendery el día de su *non sequitur*. Hubiera acudido a su casa y algo se me habría ocurrido. Posiblemente le habría sugerido hacer una visita juntos a *Caramoor*. A la vuelta hablaríamos de arquitectura y delante de Joyce les habría propuesto cambiarse a una casa diseñada por Richard Meier y olvidarse de Xerox. Y si nada de eso los animaba, recurriría a Italia, donde “...siempre tendrían Florencia”.





*El embarcadero del número 12 en Pier Way Landing*

## Epílogo

El matrimonio de Frederick y Carole Smith se rompió demasiado pronto, en mi opinión. Debieron seguir por lo menos un año más, o dos, o tres. Pero las cosas son como son y una tarde yo recibí la llamada de Carole con la noticia de que se habían separado y que ella se quedaba con la casa de Darien.

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

Conocí a su nuevo acompañante, que estuvo amable y comprensivo diciendo que podían esperar, pero Carole ya tenía todo decidido y quería volver cuanto antes. Supe que iban a ampliar la casa para que dejase de ser una residencia de verano y poder acomodar una familia completa, con hijos por ambas partes. (En algunas fotos de la Smith House se ve cómo quedó después del añadido lateral). Así que vuelta al Holiday Inn.

Mis amigos ingleses Jack y Liz Thomas consideraron mi nueva situación y me ofrecieron la casa del jardinero, en la residencia de Bette Davis. Esto me permitía buscar una nueva con tranquilidad y disfrutar del afecto de mis anfitriones, si bien yo era consciente de que iría disminuyendo con los días, por lo que traté de darme prisa. En asuntos de realojamiento convenía utilizar a la Compañía. Pedí que volviesen a contactar a la dama de las viviendas, que ya sabía de mis fobias y filias.

Cuando volvimos a vernos se le había pasado el mal humor de los dos años anteriores. Me preguntó si seguía queriendo una casa “contemporánea” como llaman allí a las que no son “colonial” como todas las demás. Le dije que lo más parecida a la Smith House...posible. Pasaron tres o cuatro días, o tal vez más, y por fin apareció en el número 1 de Crooked Road, donde estaba la casa de Bette Davis. Venía con el mismo automóvil familiar de la noche de Contentment Island.

Serían las seis de la tarde. No me enseñó ninguna fotografía, pero me dijo que estaba segura de que la casa me iba a gustar. Parecía que volvíamos a Darien, pero un poco antes torció siguiendo la orilla del río que los indios llamaban Saugatuck.

*Vivir en la Smith House de Richard Meier*

De pronto, el coche torció a la izquierda como si fuera a meterse en el río y por un camino estrecho con un par de curvas llegamos a una casa color negro antracita, con aspecto de caja de madera del tamaño de seis árboles juntos. Era el número 12 de *Pier Way Landing*, lugar que yo conocía de mis cortas travesías por mar.

Esperándonos dentro estaba el matrimonio Van Rensselaer, que me recordaba a los Smith. También el dueño agitaba una copa de whisky en la mano. Durante la conversación de cortesía, John V.R. disertó ilusionado sobre los preparativos de un negocio de tomates algo especiales. Eran tomates que no estaban en contacto con la tierra, sino que colgaban de las paredes de una nave y se alimentaban sólo de agua. A juzgar por la casa imaginé que además tendría algún otro negocio.

Pasados los prolegómenos, me enseñaron la vivienda y he de reconocer que en algunas cosas del interior se parecía a la Smith House, aunque por fuera, en lugar de blanca fuese negra. Tal vez confiada en ese lejano parecido, Gautier ya había adelantado a los dueños mi aceptación. Todos nos sentíamos muy satisfechos de no haber perdido el tiempo. Me invitaron a salir a la terraza. Enfrente tenía las aguas de Long Island. Y algo que me hizo volver los ojos a John Van Rensselaer. Le pregunté, señalando a un quiosco marino al fondo de una larga pasarela “¿Es parte de la casa?”

“Naturalmente”, contestó sonriendo. “¿Le gusta la vela?”



## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

### ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

#### **A**

Allaire, Paul; 64,65,105,  
Alto, Alvar; 33,  
Aprahamian, Thérèse; 15,74,76,100,

#### **B**

Ballard, Desmond; 57,62,  
Batelle, Gordon; 60,  
Bernstein, Leonard; 54,  
Bell, Tadeus; 86,  
Bécquer, Gustavo Adolfo; 28,  
Bilgelow, Lucia; 53, 54,  
Bonaparte, Napoleon; 52,  
Bonifacio VIII; 52,  
Bourke-White, Margareth; 8,23,44,

Buridan, Jean; 55,

#### **C**

Carlson, Chester; 58-62,67,  
Carroll, Lewis; 66,  
Cotton, John; 89,

#### **D**

Davis, Bette ; 23,110,  
Douglas, James ; 37,38,  
Douglas, Jean ; 37,38,  
Duerden, John; 22,  
Duerden, Wendy; 22,  
De Orueta, Lars, 80,84,  
De Orueta, David; 80,84,

#### **F**

Flavin, Joe; 62,65,66,

Franklin, Aretha; 44,

#### **G**

Goethe, Joan Wolfgang; 55,  
González Camino, Luis; 25,  
Gram, Lene; 18,48,100,  
Gropius, Walter; 33,

#### **H**

Harris, Emi Lou; 44,  
Hoffman, David; 36,  
Hoffman, Anita; 36,  
Hooker, Thomas; 89,  
Humes, Elmer ; 22,61,  
Humes, Susan ; 22,

#### **J**

James, Robert ; 22,  
James, Lynn; 22,  
Jensen, Beate; 75,76,

#### **K**

Kauffman, Michael; 22,  
Kearns, David; 107,  
King, Carole; 44,84,97,  
Kobayashy, Tony (Yotaro) ; 94-96,  
Kornei, Otto; 59,60,

#### **L**

Larocha, Alicia de; 54,  
Law, Thomas; 25,  
Le Corbusier; 33,34,  
Lemon, Jack; 84,

## *Vivir en la Smith House de Richard Meier*

### **M**

Maidman, Richard; 39,40,  
Maidman, Lynn; 39,40,  
Maidman, Dagny; 40,80,  
Mason, John; 90,  
Mccardell, Archie; 25,63,105,  
Meier, Richard; 11,13,20,21, 33-41,54,  
55,81,91,100-102,108,  
Miller, Barbara, 5,6,7,8,23,100,  
Moore, Caroline; 53,

### **N**

Neukens, Claire; 48,  
Nuekens, Peter; 47,48,  
Newman, Paul, 7,

### **O**

Orange, Guillermo de; 89,  
Ouspensky, Peter; 45,46, 61, 81,

### **P**

Pellegrini, Luigi; 84,  
Pendery, Donald; 22,25,26,66,95,106-108,  
Pendery, Joyce; 22,25,26.108,

### **R**

Raff, Joachim; 44,  
Rosen, Walter; 53,54,  
Rosen, Walter Jr.; 53,  
Rosen, Ann; 53,54,  
Rubinstein, Arthur; 54,

### **S**

Saltzman, Ellint; 37,  
Saltzman, Renny; 37,  
Sheppard, Marjorie; 44,73,74,76,99,  
Simon, Carly; 44,  
Smith, Frederick; 10,11,12,18,76,101,109,  
Smith, Carole; 10,11,12,31,76,109-110,  
Souders, Bill; 64,65,95,97,104,105,  
Souders, Barbara; 64,  
Stirling, James; 101,  
Strassman, Paul; 63-65,104,105,  
Stone, Samuel; 90,

### **T**

Termen, León; 52,53,  
Tokeneke, chief, 86,  
Thomas, Jack; 23,110,  
Thomas, Liz; 23,110,

### **U**

Underhill, John; 89,90,  
Underhill, Helen; 89,

### **V**

Van Rensselaer, John; 78,111,

### **W**

Walter, Bruno; 54,

### **Z**

Zanichi, Iva; 44,84,

# Índice

## Capítulo I

*En la Smith House se entra por la parte de atrás* 5

## Capítulo II

*Los gansos habían elegido el mismo sitio* 17

## Capítulo III

*Barbara Miller con las botas de la compañía de seguros* 21

## Capítulo IV

*La tentación de salir a navegar se hizo irresistible* 27

## Capítulo V

*La Smith House al amanecer* 33

## Capítulo VI

*El rojo corresponde al buzón de la casa* 43

## Capítulo VII

*El Chevy Montecarlo cruzando el puente de Contentment Island* 49

## Capítulo VIII

*Fotocomposición desde Los Palcos* 57

## Capítulo IX

*El edificio de las oficinas empezó a parecerme algo ridículo* 63

Capítulo X	
<i>Los gansos bañándose y el cristal reflejando la mesita blanca</i>	69
Capítulo XI	
<i>Marj, en el sofá original elegido por Meier</i>	73
Capítulo XII	
<i>Ella no pidió nada</i>	79
Capítulo XIII	
<i>El Espíritu de la Contradicción, vigilando</i>	85
Capítulo XIV	
<i>El paisaje se metía dentro de la casa</i>	93
Capítulo XV	
<i>Unos directivos de Olivetti querían ver la casa</i>	99
Capítulo XVI	
<i>Salió y ya no volvió, ni siquiera a recoger sus cosas</i>	103
Epilogo	
<i>El embarcadero del número 12 de Pier Way Landing</i>	109
Índice de nombres propios	113





